
La señorita Pettyfer no quiere un pretendiente
Damas inadecuadas VIII
Kathia Iblis
Selecta

La señorita Pettyfer no quiere un pretendiente

SERIE

Damas inadecuadas 8

Kathia Iblis

Selecta

Nadie puede imponerle nada a un corazón que anhela hallar el amor porque cuando este se cruza en su camino hará hasta lo imposible por quedarse a su lado.

Para todas aquellas personas que creen que están con el adecuado, pero en el fondo anhelan al roto para su descosido

"el verdadero amor es constante y poderoso,
y no se deja intimidar por ninguna adversidad".
Persuasión.

"El amor es una llama que arde dentro de nosotros
y nos da fuerza para seguir adelante."
Jane Austen

Nota de la autora

El momento en el que una joven es presentada en sociedad es el más importante de su vida porque es el primer paso que determinará lo que será de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal posee, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre es así. Y aquellas que no cumplen con los requisitos se ven menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseen.

Luego están las "floreros" que, por diferentes circunstancias, se considera que están destinadas a la perpetua soltería. E incluso en relación a estas últimas, se ha sabido de casos en los que han logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encuentran las jóvenes que están más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza despampanante, ni una cuantiosa dote logrará el principal objetivo: que un caballero respetable despose a una de ellas.

Sin embargo, a veces los milagros ocurren y todo eso puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial cuando dos encumbradas viudas deciden involucrarse y aceptan el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podrá detenerlas, ni siquiera la mismísima nobleza a la que ellas siempre se han jactado de pertenecer.

Prólogo

La hija del magnate

Boston, primavera de 1875.

—¡¿Te has vuelto loca, Miranda Jane Pettyfer?! ¿¡Completamente demente!?

La voz de Angus Pettyfer, magnate textil y leyenda temida entre socios, empleados y hasta ministros, retumbó por los corredores de la mansión como si fuera el trueno que precede a una tormenta.

En el salón principal, rodeada por columnas blancas, cortinas de seda y tapices bordados a mano por su madre fallecida, Miranda permanecía sentada en la butaca más alejada de su padre, los dedos entrelazados con fuerza en su regazo. Tenía el rostro bajo, los rizos castaños recogidos con esmero, y la espalda recta como la de una dama perfectamente educada. Solo que… no quería ser una.

—No quiero ir a Londres, padre —dijo con voz suave, apenas temblorosa—. No necesito… no quiero un esposo inglés.

—¡No lo necesitas! ¡No lo necesitas! —bufó Angus, agitando un pañuelo de lino como si fuese un arma—. ¡¿Y qué se supone que harás, entonces?! ¿Volver esos libros tuyos tu único amante? ¿Convertirte en una solterona excéntrica con gatos y telescopios?

—Quizá —respondió ella con calma, aunque su corazón latía con fuerza—. O tal vez seguir ayudando en las escuelas que mamá fundó. O enseñar en la biblioteca de la calle Tremont…

—¡¿Para qué he trabajado toda mi vida, entonces?! —interrumpió Angus, con los ojos chispeando de indignación—. ¡¿Para qué mi única hija —la heredera de todo esto— se esconda entre libros y niños huérfanos mientras los demás fundan dinastías?!

Miranda cerró los ojos un momento. Contar hasta cinco. Respirar. Buscar la voz.

—Tengo dos hermanas mayores. Ambas casadas con apellidos poderosos. ¿Por qué no puede una de nosotras… elegir diferente? —inquirió joven, aunque sabía la respuesta a eso, era hija de la primera esposa de su padre.

Angus resopló, pero su tono bajó. Le temblaba la mano.

—Porque tú… eres mi favorita.

Eso la desarmó. Por un momento, el anciano magnate pareció no un titán, sino un padre temeroso.

—Eres la más brillante. La más compasiva. Pero también la más inocente —dijo en voz baja, recordando todas características de su difunta esposa—. Y este mundo no es amable con mujeres como tú. Si no te casas con un hombre que pueda protegerte… te van a devorar viva.

—¿Y si me protege mi inteligencia? —preguntó ella, apenas audible.

Él se acercó. Le tomó la mano con dedos aún firmes, aún exigentes.

—Porque la inteligencia no compra respeto, Miranda. Un apellido inglés, sí.

Silencio.

—¿Quién? —preguntó Miranda, con recelo—. ¿Quién es ese hombre con el que ya hiciste tratos?

Angus alzó una ceja.

—¿Qué? ¡No! ¡Todavía no he elegido a nadie! —dijo como si eso fuera lo más obvio del mundo—. Primero debes presentarte. Una señorita no vale lo mismo en papel que en los salones. ¡Debes viajar a Londres, asistir a los eventos de la temporada, dejar que los hombres te vean, te escuchen… y que uno te elija!

—¿Y si ninguno me gusta?

—¡Entonces finges que sí! —bramó Angus, y luego suspiró—. Miranda… no se trata de amor. Se trata de alianzas. De futuro. Tu madre lo entendía. Yo… necesito que tú lo entiendas también.

Ella desvió la mirada hacia la ventana, donde los cerezos florecían como si el mundo no estuviera por cambiar.

—¿Y si yo no quiero que me elijan? ¿Y si yo quiero… elegir?

El padre no respondió. Porque, quizás por primera vez, no supo

qué decirle.

***

Días más tarde, en la cubierta del barco rumbo a Inglaterra, Miranda observaba el horizonte con un libro entre las manos, una maleta a sus pies… y el corazón dividido entre el deber y el deseo.

No sabía aún que, en Londres, su mundo estaba a punto de cambiar para siempre.

Capítulo 1

Un debut en la niebla

Londres, abril de 1875.

La niebla de la mañana se había disipado, pero el aire aún olía a carbón, metal y lluvia antigua. La ciudad era todo lo que Miranda Pettyfer había temido: enorme, ruidosa, un laberinto de carruajes, acentos extraños y una vigilancia silenciosa que parecía incrustada en los adoquines.

—"Tienes que mantener el mentón en alto, querida" —le había dicho su institutriz con un suspiro—, "y jamás permitas que se note si estás temblando."

Miranda no temblaba por fuera. Pero por dentro, cada paso que daba en ese mundo nuevo era una mezcla de ansiedad y resignación.

La casa de su tía lejana, lady Wilhelmina Carrow, era todo lo que esperaba de la aristocracia inglesa: lámparas de gas, techos altos, retratos ancestrales con narices largas y nombres pomposos. La tía era amable pero estricta. No simpatizaba con "las americanas sentimentales", aunque hacía una excepción con Miranda por el apellido Pettyfer… y la promesa de una fortuna descomunal.

—Tu presentación será esta misma noche —le dijo con firmeza al llegar—. La marquesa de Arbroath organiza una velada privada en su casa. Casi todos los pretendientes adecuados estarán allí.

—¿Pretendientes? —Miranda tragó saliva.

—A ti te conviene un esposo influyente, no un poeta ni un soñador. Habla poco, sonríe más, y no menciones… no menciones… lo que sea que hagan tus barcos. ¿Entendido?

Miranda solo asintió, sintiendo que su cuello era un hilo tirante de seda.

Esa noche, el vestido color lavanda bordado con perlas parecía más una armadura que una prenda. Su cabello, recogido en un moño bajo, dejaba ver la línea del cuello, demasiado expuesta para su gusto.

La marquesa de Arbroath saludaba con teatralidad a sus invitados. Salones llenos de oro, alfombras orientales, músicos discretos, y conversaciones cargadas de doble intención.

Miranda intentaba moverse entre las damas y los caballeros sin parecer perdida. Fracasaba.

Fue entonces cuando un hombre se le acercó. Un joven lord —de unos veinticinco años— con sonrisa fácil y ojos demasiado rápidos.

—Señorita Pettyfer, ¿verdad? Americana. Qué exótica.

—Buenos días, lord… —Intentó recordar su nombre. No lo logró.

—Digamos que no importa mi nombre. Lo importante es que, en esta ciudad, alguien como usted necesita orientación. O protección. Quizás ambas.

Miranda retrocedió medio paso.

—Estoy acompañada, milord.

—¿De su tía? Está ocupada. Y usted es demasiado encantadora para pasar desapercibida. ¿Le importaría si tomamos un poco de aire… a solas?

—Preferiría quedarme aquí —dijo con voz tensa, pero sin alzarla. No quería provocar un escándalo. No el primer día.

—Oh, vamos… —Sus dedos rozaron su muñeca.

—Le pido que no me toque.

—¿Y si no me detengo?

La voz que irrumpió fue seca, clara. Y peligrosa.

—Entonces lo haré yo.

Jeremy Sawyer Bennett apareció entre las columnas, con un porte sobrio, traje oscuro, mirada de lobo. No vestía como el resto. No pretendía ser uno de ellos. Su mera presencia sugería que era alguien que veía todo… y no se impresionaba con nada.

—¿Quién es usted? —preguntó el joven lord con desdén.

—Alguien con autoridad suficiente como para que desaparezca esta misma noche de la alta sociedad si no suelta su mano de inmediato.

El joven palideció, murmuró una excusa, y desapareció.

Miranda respiró.

—Gracias —susurró ella.

Jeremy asintió apenas. No sonrió.

—¿Se encuentra bien, señorita Pettyfer?

—Sí. Solo… un poco abrumada.

—Lo imagino. Londres no es amable con las debutantes. Mucho menos con las tímidas.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Me observa desde hace cuánto?

—El tiempo suficiente para saber que no encaja aquí. Y que eso no es un defecto.

Por primera vez, ella sonrió.

Pero antes de que pudiera decir algo más, otra voz rompió el momento.

—¡Ah, señorita Pettyfer! Qué fortuna encontrarla por fin.

Lord Albus Carnahan, un hombre de cabello gris, ojos oscuros y reputación turbia, avanzó hacia ella con una sonrisa casi paternal. Tenía aliento a coñac y una mano demasiado segura.

—He estado esperándola. Su padre habló maravillas. ¿Le gustaría bailar conmigo?

Miranda no podía decir que no. Por órdenes de su padre, debía ser cortés con él. Albus era, después de todo, un hombre con contactos muy por encima de la mayoría.

—Sí, claro, milord…

Jeremy frunció el ceño.

—¿Lo conoce?

—Mi padre… quiere que lo trate con deferencia. Es... importante —murmuró Miranda, insegura.

Jeremy la miró con más atención. Entonces recordó el nombre. Carnahan. Uno de los sospechosos del segundo círculo en la red de tráfico que habían desmantelado meses atrás. Nunca había logrado probar nada… pero el instinto le decía que aún estaba metido.

Y ahora, estaba interesado en Miranda Pettyfer. Una joven hermosa. Heredera. E hija de un hombre cuyos barcos viajaban a puertos donde se había documentado movimiento de menores desaparecidas.

¿Coincidencia?

—¿Con quién más has hablado esta noche, señorita Pettyfer?

—Con usted —respondió Miranda, sin saber si era una broma—. ¿Por qué?

Jeremy no respondió.

Solo la observó con intensidad. Y pensó:

"Puede que seas inocente. O puede que seas la pieza más peligrosa del tablero".

Capítulo 2

Sombras entre porcelana

Londres, abril de 1875.

El despacho de Jeremy Sawyer Bennett en Scotland Yard era un caos contenido: pilas de informes, mapas marcados con alfileres, una pizarra repleta de nombres y conexiones incompletas. Pero en medio de todo, uno de los archivos estaba sobre el escritorio, abierto desde hacía horas.

Angus Pettyfer. Albus Carnahan. Miranda Pettyfer.

Jeremy se frotó los ojos. Llevaba más de una hora leyendo el manifiesto de uno de los barcos de carga de la familia Pettyfer. Destino: Calcuta, luego Alejandría, después Marsella. Siempre textiles. Siempre sin inspección aduanera.

Demasiado perfecto.

Y ahora, la hija del magnate estaba en Londres. Sonriente. Tímida. Vulnerable.

¿Demasiado vulnerable?

Jeremy no era un hombre que se dejara guiar por presentimientos. Pero la imagen de Miranda en aquel salón, rodeada por lobos vestidos de seda, lo había dejado inquieto. Había algo en ella que desentonaba. Y no solo con la alta sociedad… también con cualquier idea de culpabilidad.

Pero eso no significaba que fuera inocente.

—¿La estás vigilando… o protegiendo? —murmuró para sí mismo.

***

Del otro lado de la ciudad, Miranda se sentía atrapada en una jaula

de seda.

La casa de su tía se había vuelto un hervidero de visitas, tarjetas, ramos de flores, rumores y "oportunidades sociales". Apenas podía respirar sin que alguien le comentara qué color de vestido la haría más deseable, o qué lord le había preguntado su nombre con más interés.

No podía más.

El té de esa tarde en la casa de Lady Rosamund Greystone, una joven debutante como ella, fue la gota que rebalsó la copa.

—Y entonces me preguntó si sabía bailar el vals vienés. ¡Como si eso importara más que la dote! —rio una de las chicas, alzando su taza.

—A veces creo que podríamos decir cualquier cosa y seguirían mirándonos como mercancía —añadió otra, suspirando.

Miranda bajó la vista, moviendo la cucharita en el té con mano temblorosa.

—Yo no quiero casarme con nadie… si no lo amo —dijo sin pensar.

El silencio fue inmediato. Cinco pares de ojos la miraron.

—¿Perdón? —dijo Rosamund, aun sonriendo, pero con sorpresa genuina.

—No quiero casarme con alguien solo por conveniencia —repitió Miranda, más firme ahora—. No vine a Inglaterra a venderme como si fuera… como si fuera una mercancía de lujo.

Las demás se miraron. Una de ellas, más valiente, tomó la palabra.

—Entonces necesitas hablar con Lady Clarisse Kensington o Lady Désdemona Hawthorne.

—¿Quiénes?

—Las mejores casamenteras de Londres —explicó otra con emoción—. Pero no son como las demás. Ellas ayudan a chicas que no encajan. Que tienen ideas distintas. Que no quieren vivir según las reglas…, sin romperlas del todo.

—No podría —murmuró Miranda—. No soy… no sabría qué decirles.

—No tienes que hacerlo —respondió Rosamund, apretándole la mano con suavidad—. Yo lo haré por ti.

***

Esa noche, mientras Miranda se desvestía en su habitación, el eco de sus propias palabras durante el té no la dejaba en paz.

"No quiero casarme con nadie si no lo amo".

¿Y si eso jamás ocurría?

¿Y si simplemente no estaba hecha para enamorarse?

Se recostó, la mirada perdida en el dosel de la cama. No sabía que, en una oficina oscura, Jeremy revisaba por quinta vez los movimientos de los barcos Pettyfer. Ni que, muy pronto, el destino de ambos estaría más entrelazado de lo que cualquiera se atrevía a imaginar.

Capítulo 3

Entre espejos y máscaras

Residencia de la duquesa de Belgrave.
Londres, abril de 1875.

La mansión Belgrave era conocida por muchas cosas: su impecable colección de tapices flamencos, sus jardines invernales y sus veladas sociales que, aunque exquisitas en apariencia, solían guardar secretos más sórdidos que los callejones del East End. Esa noche no sería la excepción.

Las lámparas de gas lanzaban destellos cálidos sobre los rostros enmascarados. El evento, de inspiración veneciana, permitía que los rostros se confundieran, que los títulos se callaran y que las reglas sociales se desdibujaran… al menos por unas horas.

Miranda llegó acompañada por su tía, vestida con un vestido de gasa color crema y encaje antiguo. El antifaz dorado ocultaba la mitad superior de su rostro, pero no la inquietud en sus ojos. No se sentía en su lugar. Como de costumbre.

—Recuerda lo que dijo Lady Clarisse —le susurró su tía—: escucha, observa y sonríe. No más.

Miranda asintió, respiró hondo y se adentró en el salón.

***

Jeremy Sawyer Bennett ya estaba allí.

No llevaba antifaz. No lo necesitaba. Sus credenciales y su presencia bastaba para moverse entre la nobleza con la misma soltura con la que lo haría un tiburón entre cardúmenes. Pero esa

noche no era solo observador. Había recibido una pista: una joven debutante había sido vista entrando a la residencia, pero nunca salió.

Y ahora él tenía una lista. Y un nombre. Y una sospecha cada vez más ardiente.

—Señor Bennett, qué sorpresa —saludó la duquesa con una sonrisa serpenteante—. ¿La reina le pidió investigar nuestras veladas ahora?

—Digamos que tengo un interés especial en los secretos bien vestidos —replicó Jeremy con una ligera inclinación de cabeza.

Fue entonces que la vio.

Miranda.

A través del salón, entre risas ahogadas, música en crescendo y luces danzantes, ella estaba de pie junto a una columna, con una copa en la mano y la mirada inquieta, como si quisiera desaparecer entre las sombras.

Jeremy no supo por qué, pero se acercó.

—Señorita Pettyfer.

Ella se volvió.

Sus ojos se suavizaron apenas.

—¿Señor Bennett?

—No esperaba verla en un sitio como este.

—Yo tampoco me esperaba a mí misma aquí —respondió con sinceridad—. ¿Viene con frecuencia a… estas mascaradas?

—Solo cuando creo que puede haber un crimen escondido entre la seda.

Ella parpadeó, nerviosa.

—¿Crimen?

—No se alarme. A veces, lo más peligroso en estos eventos es un mal bailarín.

Ella soltó una risa breve, casi sorprendida por sí misma.

—¿Y qué lo trajo esta noche?

Él la miró, como si pensara su respuesta más de lo necesario.

—Una muchacha desaparecida. La duquesa dice que se marchó antes del baile. Sus doncellas aseguran que jamás regresó a su carruaje.

Miranda bajó la mirada, tensa.

—¿Cree que… se la llevaron?

—Creo que alguien quiso que nadie la notara —respondió Jeremy, y su voz fue un susurro—. Como tú, esta noche.

Ella lo miró fijamente. Por primera vez, no se sintió sola.

—¿Siempre ve tanto, señor Bennett?

—Solo cuando no puedo evitarlo.

Pero justo cuando ella abrió los labios para responder, una voz cortante y familiar interrumpió.

—Señorita Pettyfer.

Lord Carnahan apareció como un espectro. Impecablemente vestido, con antifaz negro y bastón con empuñadura de marfil. Sonreía. Pero era el tipo de sonrisa que alguien usa cuando ya ha decidido lo que ocurrirá.

—Un rostro encantador no debe desperdiciarse en los márgenes del salón. ¿Me concedería este vals?

Miranda se tensó. Jeremy dio un paso, pero se contuvo.

—Por supuesto, milord —dijo ella con voz ahogada.

—Con permiso —añadió Carnahan, antes de alejarse con ella, como si Jeremy no existiera.

Capítulo 4

Voces en la galería

El salón brillaba con excesiva opulencia: candelabros suspendidos como estrellas doradas, mármol pulido reflejando las luces, risas elegantes rebotando contra las paredes cubiertas de terciopelo. Pero para Miranda, todo era una prisión de cristal.

El brazo de Lord Albus Carnahan ceñía su cintura con una firmeza que no podía considerarse abiertamente inapropiada, pero sí lo suficientemente insistente como para incomodarla. Cada giro del vals la acercaba más a su rostro, cada paso la hacía sentir atrapada.

—Baila con la gracia de una dama instruida —le susurró él, demasiado cerca de su oído—. Me atrevería a decir que ha sido educada con fines más ambiciosos que una simple presentación en sociedad.

La repulsión le subió por el estómago como un veneno. Y, sin embargo, sonrió. Apenas.

No podía rechazarlo. No a él. No ahí. No cuando sabía perfectamente que Lord Carnahan era amigo cercano del hombre que podía dejar a su familia en la calle si así lo deseaba.

—Su padre y yo compartimos intereses —continuó él con la voz grave, medida, como si cada palabra estuviera pulida para provocar inquietud sin romper las normas sociales—. Es un hombre de visión. Y usted… tiene potencial para grandes cosas.

Sus ojos descendieron un segundo por su escote antes de regresar a su rostro.

—En las manos correctas, claro.

Miranda contuvo la respiración, ahogando el temblor que le subía por la espalda. Todo en él era estudiado: su sonrisa sin afecto, el tono de su voz, el modo en que parecía acariciar cada palabra como

si supiera que ella no podía escapar.

—Qué amable, milord —dijo con la voz más suave que pudo reunir —. Aunque yo prefiero hacer uso de mis propias manos.

Carnahan sonrió, complacido con la resistencia. Como si le agradara aún más cuando las presas forcejeaban un poco.

Miranda lo odiaba.

Odiaba su voz. Odiaba la presión de su mano. Odiaba hallarse atrapada en aquel salón dorado, fingiendo cortesía cuando lo único que deseaba era gritar. Quería huir. Volver junto a Jeremy, cuya sola presencia la hacía respirar de nuevo. Con él, no tenía que fingir. Con él… se sentía segura.

Pero no lo veía por ninguna parte.

Y en su pecho crecía una angustia que no sabía si tenía que ver con el baile… o con algo más profundo y oscuro que se movía en las sombras.

***

Mientras la música flotaba en el aire desde el gran salón de baile, Jeremy Sawyer Bennett avanzaba con sigilo por los pasillos del segundo piso. Sus pasos, silenciosos como un gato entrenado para la caza, lo alejaron de los murmullos y las sonrisas fingidas. Había algo en aquella velada que no encajaba. Un presentimiento en la base de la nuca. Un zumbido invisible que lo mantenía alerta.

Fue entonces, en la galería superior, donde lo oyó.

Dos voces masculinas, bajas pero claras para sus oídos entrenados. Se detuvo junto a una escultura de mármol, oculta en la penumbra entre los cortinados pesados. El eco de las palabras le llegó como cuchillos envueltos en terciopelo.

—La próxima será en la casa de campo de Ridgeway —decía uno con acento del norte—. El inventario ya fue preparado. El viejo se encargó de falsificar los papeles. Ella piensa que va a una cena de caridad.

Jeremy entrecerró los ojos. Su respiración se volvió lenta, medida.

Inventario. Papeles falsificados. Una joven que cree ir a una cena.

No era la primera vez que oía frases similares. Pero ahora no eran rumores. Eran planes. Concretos. Inminentes.

—¿Y la americana? —preguntó el otro.

Jeremy sintió el golpe de la palabra como si lo hubieran empujado desde atrás. Se tensó por completo.

—Todavía no. Pero pronto. El padre hace buenos negocios… y es débil. Solo necesita un pequeño empujón.

La sangre le rugió en los oídos.

La americana. Miranda.

El corazón le palpitó en el cuello, no por miedo, sino por la rabia que lo invadió como un fuego lento. La idea de que su nombre formara parte de esa conversación lo hacía temblar por dentro.

Se inclinó hacia adelante, decidido a acercarse. A atraparlos. A verles los rostros. Pero entonces, una copa se volcó en algún salón cercano. Una carcajada estalló. El ambiente se agitó. Y las voces se cortaron.

Cuando Jeremy alcanzó el rincón donde se habían refugiado, ya no había nadie.

Solo quedaba el eco de una conspiración. Y la certeza de que había cruzado un umbral.

Ya no era solo una investigación. Ahora era personal.

Capítulo 5

Lo que el alma no disimula

Residencia Kensington.
Dos días después de la velada en casa de la duquesa de Belgrave.

—Hay algo en ella —dijo Lady Desdémona mientras removía el té con gesto ausente—. Algo que no se ve a simple vista.

Lady Clarisse Kensington, sentada a su lado en la galería interior de la residencia, se limitó a alzar una ceja mientras observaba a Miranda a través de la gran ventana. La joven estaba en el jardín, rodeada por otras debutantes, pero parecía existir en un plano aparte: ajena, discreta, sin alardes… y, sin embargo, imposible de ignorar.

—No brilla por lo que dice —añadió Desdémona, tomando un pequeño pastel de limón—. Brilla cuando él está cerca.

Clarisse asintió lentamente.

—Jeremy Bennett —confirmó, sin necesidad de más.

—¿Lo sabías?

—Lo vi con mis propios ojos. Durante el baile, ella no podía apartar la vista de él. Pero no era por atracción adolescente. Era otra cosa. Seguridad. Calma. Como si, por una vez, no tuviera que fingir.

—Y él… —Desdémona sonrió, divertida—. Tiene esa expresión terrible de hombre que no sabe si está en un campo de batalla o ante un altar.

—Porque lo está —respondió Clarisse—. La mira como si no supiera si debe protegerla… o arrestarla.

—O las dos cosas —rio Desdémona suavemente.

Clarisse tomó un sorbo de té.

—No es un partido tradicional.

—Pero quizás sea el único que la miraría sin querer cambiarla —

dijo Desdémona—. Y eso, querida mía, es más raro que una dote sin condiciones.

***

Al otro lado de la ciudad, Jeremy Sawyer Bennett recorría con paso firme los pasillos de Scotland Yard.

—¿Recibimos el informe del puerto? —preguntó al agente a cargo.

—Sí, señor. Justo esta mañana. Verificamos los registros de los últimos tres cargamentos de los barcos Pettyfer. Este nombre aparece en todos: Carnahan Shipping Consortium.

Jeremy frunció el ceño.

—¿Él es parte del consorcio?

—No figura como dueño. Pero sí como beneficiario en los contratos de arrendamiento. Y además… encontramos algo más.

Le tendieron una hoja. Jeremy la leyó en silencio.

Una joven desaparecida, registrada como pasajera en un barco Pettyfer rumbo a Lisboa que nunca llegó a destino.

El capitán declaró que había bajado antes, en Francia. Pero no había registro. Ni testigos. Ni nombre verdadero.

—¿Y Miranda? —preguntó el agente—. ¿Sabe algo de esto?

Jeremy no respondió de inmediato. Miró por la ventana. Una parte de él se negaba a creer que ella tuviera relación con algo tan sucio.

Pero los nombres, los viajes, los hombres que la rodeaban…

Todo apuntaba a una red que aún no se había deshecho del todo.

—Aún no lo sé —dijo al fin—. Pero lo voy a descubrir.

***

Esa tarde, en casa de Clarisse, Miranda pidió permiso para retirarse temprano. Cuando las puertas se cerraron tras ella, Desdémona apoyó la taza con delicadeza.

—Clarisse.

—¿Sí?

—Si él la elige, no se lo hagas difícil.

La otra dama la miró en silencio.

—No lo haré —dijo con voz baja—. Pero a veces, incluso cuando dos almas se reconocen… el mundo no se lo permite.

—Entonces quizás sea hora de que el mundo empiece a escuchar a las mujeres que ya no están dispuestas a perder lo que aman —replicó Desdémona, con una chispa en los ojos.

Y Clarisse sonrió. Porque lo sabía: esa historia apenas comenzaba… y nadie, ni siquiera el deber, iba a detener lo que ardía entre ellos.

Capítulo 6

Una taza de té y un abismo

Londres, mediados de abril de 1875.

La mañana estaba nublada, como si la ciudad contuviera la respiración. En la modesta zona de Bond Street, entre escaparates de cristales relucientes y faroles que colgaban como centinelas, Miranda Pettyfer descendió de su carruaje con discreción. Su vestido era gris pálido, sencillo, apropiado para una cita con la modista... y también perfecto para alguien que no deseaba llamar la atención.

Y sin embargo, la llamaba igual.

Miranda sostenía una carta de su padre con las instrucciones precisas sobre los vestidos que debía encargar: tejidos importados, bordados discretos, tres piezas de gala y dos de paseo. Nada de frivolidades. Nada de elección personal. Solo obediencia elegante.

Se quedó frente a la puerta del establecimiento, dudando.

No era la costumbre que una joven saliera sola. Podía haber invitado a Rosamund o a una de las otras debutantes... pero la timidez la había vencido otra vez. No quería que la vieran en un lugar como ese, midiendo encajes y cinturas, como si tuviera voz en algo.

Inspiró hondo, se dispuso a entrar... y entonces, una voz conocida la detuvo.

—¿Señorita Pettyfer?

Ella se giró con sobresalto.

Jeremy Sawyer Bennett estaba de pie junto a una librería cercana, vestido de civil, con el sombrero en la mano. Tenía el aire del que va de paso pero siempre está observando. Su sonrisa era apenas una línea leve.

—Señor Bennett —murmuró ella, con una inclinación de cabeza—.

Qué... coincidencia.

—O tal vez destino —respondió él.

Ella rió, sorprendida por la ligereza del comentario.

—No esperaba encontrarlo por aquí.

—Estoy investigando un local de libros antiguos —mintió a medias —. Pero al parecer, los textos franceses de contrabando tienen menos encanto que una joven americana a punto de entrar en una modista.

Miranda se sonrojó, pero bajó la mirada con una sonrisa.

—No estoy... no es que me agrade venir sola.

—¿Le parece entonces que cometamos una pequeña imprudencia?

Ella lo miró, confundida.

—Hay una tienda de té justo al final de la calle —dijo él señalando discretamente con el bastón—. Es pequeña, acogedora. Y hace una infusión de jazmín excelente. ¿Me acompañaría?

—¿Ahora?

—Ahora —afirmó Jeremy—. A veces las mejores conversaciones ocurren cuando no están planeadas.

***

El interior de la tienda era cálido, con paredes de madera clara y estanterías repletas de frascos de té importado. Los aromas a canela, vainilla y bergamota flotaban en el aire.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana. Unas pocas damas mayores cuchichearon al verlos juntos, pero Jeremy no pareció inmutarse.

—No suelo hacer esto —admitió Miranda bajando la vista a su taza.

—Tampoco yo. Pero últimamente nada parece muy habitual.

Hubo una pausa. Luego ella, con un atisbo de valentía, alzó la mirada.

—¿Siempre es tan... directo?

—Solo cuando no puedo darme el lujo de ser ambiguo.

—¿Porque trabaja con criminales?

—Porque trabajo con la verdad.

Miranda bebió un sorbo. El té tenía un dulzor inesperado.

—¿Y qué verdad busca esta vez?

Él se inclinó levemente hacia ella. La intensidad de sus ojos hizo que el aire entre ellos se volviera espeso.

—La suya.

Ella sostuvo la mirada unos segundos. Después bajó la vista. Sus dedos temblaban levemente sobre la taza.

—Mi verdad no le serviría de mucho, señor Bennett. Es... sencilla. Casi aburrida.

—No lo creo —dijo él con firmeza—. De hecho, me parece que intenta esconderse de algo.

—¿Y si no me escondo? ¿Y si solo... tengo miedo?

Jeremy asintió lentamente.

—Eso también es verdad.

El momento era frágil. Una pausa suspendida entre dos mundos. Y justo cuando parecía que algo más profundo podía brotar entre ellos...

—Señorita Pettyfer.

La voz era un filo helado.

Lord Albus Carnahan apareció en la entrada de la tienda, alto, elegante, con una expresión de perfecta desaprobación. Los demás clientes guardaron silencio.

—No imaginé encontrarla... en tan peculiar compañía.

Jeremy se puso de pie con rapidez, pero no dijo nada. Miranda también se levantó, el rubor desapareció de su rostro.

—Milord —saludó ella—. Estaba...

—Conversando, lo veo —interrumpió él con una sonrisa gélida—. Pero su padre me mencionó que debía estar de regreso a la hora del almuerzo. Permítame escoltarla.

Miranda miró a Jeremy un instante. Quiso decir algo. Explicarse. Negarse. Pero no lo hizo.

—Gracias por el té, señor Bennett.

—¿Tiene que irse? —preguntó él, sabiendo la respuesta.

Ella solo asintió, con los ojos opacos.

Carnahan le ofreció el brazo. Ella lo tomó.

Y Jeremy los vio marcharse, como si algo esencial se le escapara

entre los dedos.

***

Minutos después, aún solo en la tienda, Jeremy permanecía de pie, la taza ya fría frente a él. Era evidente que Miranda temía a Carnahan. Y que lo respetaba por obligación, no por afecto. Y que algo en todo eso no encajaba. Pero más que nada…lo que lo enfurecía era el modo en que ella lo había mirado antes de irse.

Como si no le estuviera diciendo adiós a una conversación.

Sino a una posibilidad.

Capítulo 7

Sombras bajo la lluvia

Londres, finales de abril de 1875.

La lluvia caía como un velo sobre la ciudad, cubriendo calles y adoquines con un manto de gris apagado. Scotland Yard era un hervidero de murmullos, pasos apurados y puertas que se cerraban con fuerza. Había sucedido otra vez.

Otra joven desaparecida. Otra debutante. Otro silencio ominoso detrás de una sonrisa bien ensayada.

Jeremy Sawyer Bennett estaba de pie frente al escritorio del superintendente, los brazos cruzados, los labios apretados. Un ayudante le entregó un papel arrugado: el informe preliminar.

—¿Nombre? —preguntó Jeremy.

—Eloise Harcourt. Dieciocho años. Huérfana de madre, vive con una tía abuela. Asistió a un evento privado anoche… Nunca volvió.

Jeremy leyó las líneas con un nudo en el estómago. No había señales de lucha. Ni testigos. Solo un detalle extraño: en la última nota escrita a su tía, Eloise decía que iba a encontrarse con un caballero que le había prometido libertad.

***

Horas después, Jeremy caminaba bajo la lluvia en dirección a un pequeño café privado en Mayfair. Lo esperaba alguien que no solía conceder entrevistas fácilmente: Ciarán Ruah.

El antiguo director de Scotland Yard estaba retirado, pero seguía moviendo hilos entre bastidores. Y para Jeremy, había sido algo más que un superior: un mentor. Una brújula. Un espejo incómodo.

—Llegas empapado —dijo Ciarán cuando lo vio entrar—. ¿Te tomás tan en serio tus caminatas bajo tormentas, o simplemente necesitabas drama para lo que estás por contarme?

Jeremy se sentó en silencio. Tomó el té que le sirvieron. Y finalmente, habló.

—No puedo sacármela de la cabeza.

—¿A quién?

—Miranda Pettyfer.

Ciarán alzó una ceja, pero no dijo nada.

—Al principio creí que era solo una pieza del rompecabezas. La hija del magnate. Una más entre los nombres sospechosos. Pero no es eso.

—¿Qué es?

—Cuando está cerca… se me olvida por qué la observaba.

El silencio se estiró.

—Y cuando no está… —continuó Jeremy, más bajo—, me duele el pecho.

Ciarán se inclinó hacia él, con voz grave.

—Entonces más te vale descubrir rápido si es inocente. Porque si no lo es, te va a destruir desde dentro.

Jeremy bajó la mirada.

—¿Alguna vez sentiste algo así por alguien que no podías tener?

—Sí —respondió Ciarán, sin dudar—. Y sobreviví. Pero no sin cicatrices.

***

Al mismo tiempo, en una sala iluminada por la tibia luz del atardecer, Miranda se encontraba nuevamente en la residencia Kensington.

Lady Clarisse y Lady Desdémona habían preparado el té. No había otras debutantes. Solo las tres.

—¿Otra desaparición? —preguntó Miranda, alarmada.

—Sí —confirmó Clarisse—. Una muchacha encantadora. Tenía un aire muy parecido al tuyo, Miranda. Dulce. Discreta. Confiada.

Miranda apretó las manos en el regazo.

—¿Qué puedo hacer?

—Tú hablas con las debutantes, con las tías, con las primas que nadie escucha —intervino Desdémona—. Tú estás donde los investigadores no pueden entrar. Y ya eres una sombra entre las damas de la temporada. Úsalo a tu favor.

Miranda dudó.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si estoy metiéndome en algo… demasiado grande?

Clarisse le tomó una mano.

—Miranda, tú ya estás en medio de esto. Estás rodeada por hombres que ocultan secretos. Uno de ellos quiere tu obediencia. Otro… tu silencio. El único que parece querer escucharte es el que tú no te atreves a mirar demasiado tiempo.

—¿Jeremy?

—Ese hombre te mira como si ya hubiera perdido algo… antes de tenerlo.

Miranda sintió que se le encogía el pecho.

—¿Y si él también me está usando?

—Solo hay una manera de saberlo, querida —respondió Desdémona con una sonrisa amable—. Hablando con él.

Esa misma noche, Jeremy regresó a su oficina. La ciudad seguía envuelta en sombras. El informe de Eloise seguía sobre su escritorio.

Miró el reloj.

Y luego, sin pensarlo más, tomó papel y pluma.

Señorita Pettyfer:

Le agradecería si pudiera recibirme mañana en la residencia Kensington. Creo que usted podría ayudarme más de lo que imagina.

—J.S.B.

Y mientras la tinta se secaba en el papel, en algún rincón de Londres, una puerta se cerraba con un golpe seco… y otra joven, inocente, era conducida al silencio.

Pero esta vez… alguien iba a hablar.

Capítulo 8

El salón de los hombres sin rostro

Londres, medianoche.

Desde el exterior, la mansión Chesterfield, enclavada entre dos embajadas y adornada con columnas blancas y ventanas de vidrio emplomado, parecía solo una más en el abanico de opulencia del centro londinense. Nadie imaginaba que, bajo sus lámparas de gas, se ocultaba un nido de veneno disfrazado de cortesía.

En su interior, la luz era tenue, dorada, demasiado suave para el contenido de la conversación. El salón principal había sido despojado de cualquier cuadro familiar. Solo quedaban tapices oscuros, sillas de terciopelo rojo sangre, y una chimenea encendida que no lograba disipar el frío que emanaba de los presentes.

Cinco hombres. Una mujer. Ninguno hablaba aún.

Hasta que Lord Albus Carnahan rompió el silencio.

—Creo que ya fue suficiente discreción —dijo apoyando con fuerza su bastón sobre el mármol negro—. Es momento de poner nombre a las piezas que aún están en juego.

Uno de los hombres —alto, con cabello ralo y expresión de embajador aburrido— alzó una ceja.

—¿A qué te refieres?

Carnahan se acercó a la chimenea. Su sombra se alargó sobre la alfombra como una garra.

—Merriweather y la Viuda eran útiles. Pero se creyeron indispensables.

—¿Y no lo eran? —preguntó otro, gordo, de bigote impecable y dedos llenos de anillos.

—No. Eran peones con iniciativa —respondió Carnahan con una sonrisa torcida—. Se necesitaban para ensuciarse las manos. Ahora

están fuera del tablero.

Un silencio gélido cayó sobre la sala.

La mujer presente —elegante, envuelta en encajes negros y con un velo cubriendo parte del rostro—, habló por primera vez:

—Y la policía…

—Sigue mirando en la dirección equivocada —respondió Carnahan —. Se obsesionan con los nombres que ya están caídos. Mientras tanto, los barcos siguen saliendo. Las pujas continúan. Y nadie se atreve a mirar a los verdaderos dueños del tablero.

—¿Y Jeremy Bennett? —inquirió el delgado, nervioso—. Ha reaparecido. Lo vi en la última velada de la duquesa. Está preguntando demasiado.

—A Bennett hay que vigilarlo. Pero aún no es una amenaza. Está… distraído —respondió Carnahan con burla—. Se ha encaprichado.

La mujer giró el rostro.

—¿Con quién?

—Con la hija del americano. La heredera de Pettyfer. Miranda.

Todos se miraron.

—¿Ella está involucrada? —preguntó el hombre gordo.

Carnahan negó con la cabeza.

—No aún. Pero su familia es útil. Y su padre…, más manipulable de lo que aparenta. Todo lo que necesitamos es un compromiso. Un lazo. Una razón para que los barcos sigan navegando sin ser cuestionados.

—¿Y si ella no coopera?

—Entonces dejaremos que crea que está decidiendo. Y si eso falla… tenemos otros métodos. Nadie llorará demasiado por una americana que no supo comportarse en Londres.

La mujer se puso de pie.

—No me gusta. Una joven como esa es demasiado impredecible. Sentimental. Capaz de hacer escándalo si sospecha algo.

—Entonces asegúrate de que no sospeche —respondió Carnahan sin mirarla—. O encárgate de que no pueda hablar.

***

En un rincón del salón, una copa de cristal cayó al suelo y se hizo añicos.

Un criado apareció en silencio para limpiarla. Nadie lo miró. Nadie le prestó atención.

Y sin embargo, sus manos temblaban.

Porque había escuchado nombres. Y promesas. Y amenazas. Y porque había visto en un baile a una muchacha de ojos grandes y alma herida…

Y ahora sabía que estaba en la mira.

Capítulo 9

Susurros bajo la superficie

Londres, principios de mayo de 1875.

Los días habían comenzado a alargarse, pero la sensación de encierro seguía pesando sobre Miranda como una sombra. Paseaba por los jardines de la residencia de su tía Wilhelmina fingiendo estar interesada en las flores de temporada, cuando en realidad sus pensamientos estaban en otra parte… o en alguien más.

Desde la velada en casa de la duquesa y la inesperada taza de té con Jeremy Bennett, algo había cambiado. No entre ellos —al menos, no en lo que se pudiera decir en voz alta—, pero sí en ella. Un desasosiego nuevo, una necesidad de saber más. No solo sobre él, sino sobre lo que estaba ocurriendo en los márgenes de su mundo de bailes y costuras.

Y últimamente… también sentía que la observaban.

Una mujer con sombrero oscuro en la acera opuesta. Un cochero que parecía demasiado atento. Una figura junto al invernadero que desaparecía al girarse.

—Probablemente sea paranoia —le dijo a Rosamund cuando se lo comentó.

—O no —respondió su amiga con seriedad inesperada.

***

En Scotland Yard, Jeremy repasaba una vez más el informe de la joven desaparecida: Eloise Harcourt.

Cada vez eran más claras las similitudes entre los casos. Cartas enigmáticas. Promesas de libertad. Eventos sociales exclusivos como

último lugar donde se las había visto.

Y un nombre seguía cruzándose en las sombras: Carnahan.

—¿Y Miranda? —preguntó su colega, mientras le alcanzaba otro expediente—. ¿Sigue viéndola?

—No estoy "viéndola" —respondió Jeremy, un poco más rápido de lo necesario—. Solo la observo. Como parte del caso.

Pero ni él mismo creía ya esas palabras. Había algo en ella —una dulzura que no encajaba con la perfidia que rodeaba todo esto— que lo hacía dudar, pero también temer. ¿Y si estaba demasiado cerca? ¿Y si estaba en medio sin saberlo?

***

Esa tarde, Jeremy pasó por los alrededores de la residencia de la tía Wilhelmina. No tocó la puerta. Solo observó desde la distancia, como si el solo hecho de estar cerca de ella lo tranquilizara.

Y entonces lo vio.

Lord Carnahan, descendiendo de un carruaje oscuro con expresión calculada.

El corazón de Jeremy se detuvo un segundo. Algo no estaba bien.

***

En el interior de la casa, Miranda estaba sentada en la sala, leyendo, cuando el mayordomo anunció:

—Lord Albus Carnahan.

Ella se puso de pie de inmediato, crispada.

—¿Milord?

—Buenas tardes, señorita Pettyfer. Le ruego me disculpe por no anunciar mi visita con antelación. Es un asunto... delicado.

La inquietud se convirtió en alarma cuando él sacó de su abrigo una carta con un sello lacrado.

—¿Qué es esto?

—Una copia. El original lo tiene Su Majestad. Contiene información

sobre ciertas irregularidades en los contratos comerciales de su padre. Podrían implicarlo en prácticas no del todo… legales.

—¡Eso es mentira! —replicó Miranda, pero su voz tembló.

—Yo no afirmo nada, mi querida —dijo él acercándose un paso—. Solo comparto preocupaciones legítimas que podrían, en malas manos, arruinar la reputación de su familia. A menos… claro está, que se tome una decisión sabia.

—¿Qué tipo de decisión?

Carnahan la miró con una sonrisa helada.

—Un compromiso. Un anuncio formal. Su padre, por supuesto, estará... encantado de que todo quede dentro de círculos civilizados.

Miranda retrocedió un paso. Su piel helada. Su garganta en un nudo. No podía respirar.

—¿Me está... amenazando?

—La palabra que prefiero es "proteger". A usted. A su nombre. A su futuro. A menos que, claro… haya otro caballero en el horizonte.

Miranda se quedó en silencio.

Y esa fue su única respuesta.

***

Afuera, Jeremy vio la figura de Carnahan marcharse, con paso arrogante.

Y supo, sin saber por qué, que algo había cambiado dentro de esa casa.

Y que Miranda Pettyfer acababa de recibir una advertencia. Una de esas que vienen envueltas en cortesía… y esconden una soga.

Capítulo 10

El precio del silencio

Londres, mayo de 1875.

La carta seguía ahí.

Reposaba en la esquina del escritorio como un cuervo posado en el alféizar de su vida, vigilante, inamovible. El sello de cera, ahora roto, tenía la forma de una serpiente enroscada. Un símbolo más que apropiado.

Miranda lo había leído dos veces. La tercera vez, las palabras comenzaron a perder forma. La cuarta, dolieron como cuchillas.

> *"Si no accede al compromiso, ciertos documentos que implican a su padre en prácticas indebidas de comercio marítimo serán enviados al Ministerio de Hacienda y a la prensa."*

Frases escritas con una cortesía impecable. Amenazas bañadas en oro.

Caminaba por su habitación sin rumbo, los brazos cruzados sobre el pecho como si pudiera contener con ellos la tormenta. El camisón, bordado en hilo de seda, se pegaba a su piel por el sudor frío que no había cesado desde la tarde anterior. La noche no le había concedido ni un solo instante de descanso. Y ahora, la luz del nuevo día se filtraba por los ventanales como una condena.

Su padre.

El nombre le dolía. Lo amaba. A su manera, él también la amaba. Pero esa clase de amor era una jaula de acero: tenía barrotes de deber, ambición, orgullo. ¿Podía ella dejarlo caer por aferrarse a una libertad que aún no sabía cómo usar?

Y sin embargo, casarse con lord Carnahan sería como enterrarse

viva.

***

El carruaje se sacudió ligeramente al detenerse frente a Hyde Park. La tía Wilhelmina había insistido en que saliera, en que se viera, en que no "alimentara sospechas". La primavera brillaba con insolencia: flores en pleno, cielo claro, niños jugando entre árboles en flor. Pero dentro de Miranda… todo era invierno.

Avanzó con las otras jóvenes en dirección al camino de paseo. Fingía atención. Sonreía cuando debía. Respondía cuando se le hablaba.

Y entonces, lo vio.

Apoyado en la sombra de un roble viejo, vestido con sobriedad, el cabello un poco revuelto por el viento. Jeremy Sawyer Bennett.

Él la miraba. No como lo hacían los demás. No como un cazador a su presa. No como un juez a una testigo. La miraba como si ya la hubiera perdido antes de tenerla.

Miranda sintió cómo el corazón le daba un vuelco, un latido desesperado en un cuerpo que había olvidado cómo respirar con normalidad. No pensó. Solo caminó hacia él.

—Señorita Pettyfer —dijo Jeremy con un leve gesto de cabeza. Su voz era más grave, más íntima—. Espero que me perdone la interrupción. Pero no podía dejar de acercarme.

—No hay nada que perdonar —susurró ella, apenas consciente de lo que decía.

—¿Puedo caminar con usted?

Ella asintió.

El parque parecía detenerse a su alrededor mientras avanzaban por un sendero rodeado de sauces que mecían sus ramas al compás del viento. Por un instante, no existía nada más.

—Ha estado ausente —dijo él después de un momento—. Pensé que tal vez se había marchado.

—He estado... recogida. Con mi familia.

—¿Y eso ha sido bueno?

Miranda dudó. Quiso decir "sí". No pudo.

—No ha sido fácil —confesó bajando la mirada—. A veces desearía poder simplemente… desaparecer un rato. No por miedo. Solo por cansancio.

Jeremy se detuvo. Ella también.

—Puede hablar conmigo, Miranda —dijo él, y fue la primera vez que usó su nombre—. No solo como investigador. Como alguien que… no soporta verla quebrarse así.

Ella lo miró con los ojos vidriosos.

—Hay cosas que no puedo decir.

—¿Por deber?

—Por amor —corrigió ella, con voz temblorosa—. Y porque si las dijera… me destruiría.

Jeremy dio un paso hacia ella.

—Entonces permítame estar allí cuando todo caiga.

Silencio.

Ella quiso decir "no". Quiso decir que debía irse. Pero no lo hizo. Sus ojos lo buscaron como si ya lo conocieran de otro tiempo.

—Me mira como si... —empezó, y no supo cómo terminar.

—Como si fuera la primera verdad que quiero creer en mucho tiempo —susurró él.

Y si el mundo se hubiera detenido en ese instante, ambos habrían sido felices. Pero no lo hizo.

***

Esa noche, de regreso en su habitación, Miranda encendió una vela. Observó la carta sobre el escritorio. Luego, lentamente, la acercó a la llama.

El papel se curvó. El sello crujió. Las letras se retorcieron. Pero aunque la carta ardía… la amenaza no desapareció.

Capítulo 11

Ecos en la penumbra

Scotland Yard, al amanecer.

El despacho de Jeremy Sawyer Bennett estaba silencioso, pero su mente no. Hacía horas que no dormía. Desde que se cerró la puerta detrás de Miranda el día anterior, una sospecha se había asentado en su pecho como una piedra fría.

No era que creyera que ella era culpable. No. Era peor. Creía que ella estaba en medio de algo sin saberlo. Y que no sabría cómo escapar.

Las hojas de los informes se amontonaban en su escritorio. Había comparado los manifiestos de carga de tres navíos Pettyfer diferentes. En todos aparecía una firma nueva: Carnahan Shipping Ltd. como subcontratista. En dos de ellos, desaparecieron jóvenes viajeras que no figuraban como pasajeras oficiales. Y en ambos casos, el último lugar donde se las había visto fue en eventos sociales como aquellos a los que Miranda asistía con regularidad.

—Dios mío… —susurró Jeremy pasándose la mano por el cabello—. Ella está rodeada de ellos.

Tomó una decisión. Ya no podía seguir esperando que ella hablara. Tendría que protegerla… incluso de sí misma.

***

Residencia de Lady Wilhelmina Carrow. Una hora más tarde.

Miranda no se había levantado todavía. El desayuno frío descansaba en la bandeja, intacto. Su tía Wilhelmina, sin maquillaje y con el rostro más pálido de lo habitual, daba vueltas por el salón

como si esperara malas noticias.

Y entonces, el mayordomo anunció:

—Lord Ciarán Ruah ha llegado, milady.

La anciana dama se giró de golpe, como si un rayo de esperanza inesperado hubiera iluminado su gris mañana.

—Ruah… ¿El antiguo director de Scotland Yard?

—El mismo —dijo el mayordomo.

Ciarán ingresó sin ceremonia, con el sombrero bajo el brazo y la expresión seria. Había algo en sus ojos que siempre inspiraba confianza… y también una cierta urgencia que jamás desaparecía del todo.

—Lady Wilhelmina —saludó—. Me disculpo por irrumpir sin invitación, pero he recibido una carta de alguien que me preocupa. Y temí que ya fuera demasiado tarde.

Wilhelmina lo invitó a sentarse, conteniendo la emoción. Por primera vez en días, sentía que no estaba sola.

—Fue Carnahan, ¿verdad?

Ciarán la miró con atención.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estuvo aquí —respondió ella en voz baja, las manos temblando—. Entró como un caballero y dejó una amenaza como un verdugo. Nadie más parece notarlo, pero yo sí. Ese hombre no vino a cortejar a Miranda. Vino a poseerla. Y si no lo logra por la vía del compromiso, la destruirá.

Ciarán apretó la mandíbula.

—¿Ella sabe algo?

—Ella lo carga todo en silencio. No quiere preocuparme. Pero se le nota en los ojos. Está… quebrándose.

—¿Y su padre?

—Ignora todo. O peor: lo consiente.

Ciarán asintió lentamente, como conectando piezas que venía reuniendo desde hacía años.

—Voy a hablar con Jeremy Bennett —anunció—. Él está cerca de ella. Y está… comprometido, aunque aún no lo admita. Si alguien puede protegerla desde adentro, es él.

—¿Y usted?

—Yo haré lo que haga falta para sacar a ese monstruo de escena.

***

Mientras tanto, Miranda se hallaba sentada frente al espejo de su tocador, peinando lentamente su cabello. Había dormido mal, otra vez. El rostro de Carnahan la perseguía incluso con los ojos cerrados. Sus palabras. Su tono. Su amenaza envuelta en promesas vacías.

Un golpe en la puerta la sacó de su trance.

—¿Sí?

La puerta se abrió. Tía Wilhelmina entró… pero no estaba sola.

—Querida —dijo con dulzura—, tienes visita. Alguien que viene por ti… no por tu apellido.

Miranda se puso de pie con rapidez. Su corazón palpitó como si hubiera escuchado un nombre antes de oírlo.

Y entonces vio a Ciarán Ruah entrar en la habitación.

Él se inclinó brevemente en saludo.

—Señorita Pettyfer. Me temo que no venía preparado para una reunión tan íntima. Pero creo que tenemos que hablar.

Miranda asintió con cautela. Algo en su mirada le decía que no era un extraño.

—¿Qué quiere saber?

Ciarán caminó hasta la ventana.

—No lo que usted pueda decirme… sino lo que otros ya han dicho de usted. Es mi deber advertirle que está en la mira de hombres que juegan con vidas como si fueran piezas de ajedrez. Usted es un punto de interés. Y no porque sea culpable. Sino porque no lo es.

—¿Y eso me hace peligrosa?

—Eso la hace valiosa —respondió Ciarán—. Y eso, en este mundo… es casi lo mismo.

***

Afuera, la ciudad seguía girando.

Pero dentro de esa casa, las piezas comenzaban a moverse.

Y lo que estaba por desatarse… cambiaría todo.

Capítulo 12

Lo que aún no se dice

Londres, tres días después.

El cielo amaneció gris, como si supiera que la ciudad se preparaba para algo más que otra jornada de rutina. Las campanas de las iglesias repicaban a lo lejos, interrumpidas por el martilleo de cascos en las calles y el eco de voces apresuradas. En una pequeña plaza de Mayfair, una figura esperaba, con las manos enfundadas en guantes de cuero y los ojos puestos en la puerta de una casa discreta.

Jeremy Sawyer Bennett.

No se había anunciado. No había enviado una carta. No era prudente, pero tampoco tenía tiempo para prudencias. Tenía que verla.

Cuando Miranda apareció en la puerta, envuelta en un abrigo de lana clara y con el cabello recogido en un moño sencillo, Jeremy sintió una punzada que no tenía nada que ver con la investigación.

—Buenos días, señor Bennett —saludó ella intentando mantener el tono formal.

—Miranda —dijo él, suavemente.

La tía Wilhelmina apareció detrás de ella y los observó brevemente. Luego asintió.

—Tienen media hora. En el jardín trasero. Yo... tengo cosas que atender.

La joven lo guió en silencio entre los setos recortados y los bancos húmedos por el rocío. El perfume de los rosales comenzaba a desplegarse, sutil, fresco, casi irónico frente al nudo que tenía en el estómago.

—¿Qué desea saber? —preguntó ella, sin mirarlo.

—No vine solo por eso.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Entonces por qué?

—Porque no quiero que esté sola en esto.

Hubo un silencio breve, cortado solo por el canto de un mirlo.

—No sabe a qué se refiere con esto —murmuró Miranda bajando la mirada.

—No necesito saberlo todo —respondió él—. Pero sí sé que hay algo que teme. Que calla. Que la hace retroceder cuando está a punto de dar un paso hacia mí.

Ella parpadeó. El corazón le latía tan fuerte que temía que él pudiera oírlo.

—No puedo decirlo aún —susurró—. Me quitaría todo.

—¿Y qué le está dejando ahora?

Ella apretó los labios. Quiso llorar. Pero no lo hizo.

—Le estoy ofreciendo mi confianza, aunque aún no pueda entregarle mis verdades —dijo ella finalmente—. ¿Eso es suficiente por ahora?

Jeremy asintió con lentitud.

—Lo es. Porque quiero luchar por esa verdad, aunque tenga que esperar.

Por un instante, todo pareció detenerse entre ellos. No se tocaron. No se acercaron. Pero algo invisible, poderoso, empezó a tejerse.

***

Más tarde ese mismo día, Jeremy cruzó los pasillos de Scotland Yard hasta un despacho oculto en una de las alas más antiguas del edificio.

Ciarán Ruah lo esperaba.

—Pensé que ya no te reportarías —dijo el exdirector alzando una ceja—. ¿Vienes por una pista, o por una confesión?

—Quizás por ambas —respondió Jeremy cerrando la puerta tras él.

Hubo un silencio tenso. Finalmente, Jeremy habló.

—Quiero que me diga, como mentor, como investigador… como

hombre, qué se supone que haga cuando alguien que debería ser una pieza del tablero se vuelve todo el maldito juego.

—¿Miranda?

Jeremy asintió, sin poder fingir más.

—Estoy perdiendo el juicio. Estoy viendo el caso, las pistas, las amenazas… pero no puedo dejar de verla a ella. No puedo evitar que me duela saber que no puedo protegerla si no me deja entrar.

Ciarán lo observó con gravedad. Luego, con voz baja, dijo:

—Eso no es debilidad, Sawyer. Es amor. Y es una maldita trampa si no lo usás con sabiduría.

—¿Alguna vez lo sintió?

—Sí —respondió sin vacilar—. Y lo perdí por pensar que proteger a alguien era dejarla afuera. No cometas el mismo error.

Jeremy apretó la mandíbula.

—Entonces necesito su ayuda. Y la de todos los que aún estén dispuestos a mirar debajo del velo de la aristocracia. Algo grande se está moviendo. Y Miranda está en el centro.

—Entonces no dejes que se hunda —dijo Ciarán poniéndose de pie —. Pero tampoco dejes que tu corazón nuble tu visión. Porque si cae… caemos todos.

***

Esa noche, mientras las luces de gas titilaban en las calles, Miranda cerró la puerta de su habitación con las manos heladas.

Sacó del cajón la única cosa que había salvado del fuego: un trozo de la carta de lord Carnahan que no se atrevió a destruir.

La miró.

Luego miró al cielo.

Y por primera vez, rezó. No por su padre. No por su reputación.

Por Jeremy. Y por el amor que aún no se atrevía a nombrar.

Capítulo 13

La mentira que arruina todo

Londres, Palacio de St. James, dos días después.

Las paredes del salón de audiencias eran frías, inmensas. El techo estaba decorado con frescos mitológicos, pero Miranda Pettyfer apenas podía mantener la mirada fija en ningún lugar. El eco de los pasos, los susurros de los cortesanos… todo era una pesadilla vestida de ceremonia.

Lord Carnahan permanecía a su lado, como un ángel vengador disfrazado de cortesía. Su bastón brillaba con la empuñadura de marfil pulido, y su sonrisa era apenas visible, perfectamente controlada.

—Todo saldrá bien —susurró él, como si fuesen cómplices—. Un escándalo mínimo. Un matrimonio rápido. Una vida cómoda. Solo tienes que asentir cuando llegue el momento.

Miranda no respondió. Tenía las manos heladas, escondidas en los pliegues de su falda. Todo dentro de ella se rebelaba. Su garganta ardía. Quería correr. Gritar. Golpear algo. Pero no podía.

Una hora antes, su tía Wilhelmina había desaparecido misteriosamente del palacio, enviada a otra ala con un "asunto urgente". Miranda entendió demasiado tarde que la habían aislado. Todo estaba perfectamente orquestado.

—Debes entender —había dicho Carnahan en el carruaje, cuando le presentó la carta falsa—. Si la Reina cree que estás esperando un hijo mío, su Majestad no permitirá otra cosa que un matrimonio inmediato. Y tu padre... quedará fuera del escándalo. Si te niegas, bueno… quizás los tribunales empiecen a mirar los libros de cuentas de Angus Pettyfer con más atención.

Ella lo había mirado, atónita.

—No estoy embarazada.

—Por supuesto que no —sonrió él—. Pero ellos no lo sabrán. Y no importará.

***

Scotland Yard, ese mismo día.

Jeremy Sawyer Bennett revisaba documentos cuando el mensajero entró jadeando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jeremy, alarmado.

—Señor… ha sido enviada una notificación de dispensa real. Para lord Albus Carnahan y la señorita Miranda Pettyfer. Por "razones urgentes de decoro y protección del linaje". El anuncio será oficial esta tarde.

Jeremy se quedó inmóvil.

—No… —susurró.

—Señor…

—¿La acusaron de estar embarazada?

El ayudante asintió.

Jeremy empujó la silla hacia atrás y salió corriendo del despacho. No se molestó en coger el abrigo. La sangre le ardía. Su visión se nublaba. Miranda.

***

De regreso en el salón del palacio, Miranda sintió que no podía más.

La ceremonia estaba por comenzar. La audiencia privada con el secretario real se realizaría en minutos. Y luego... todo sería oficial.

Carnahan volvió a susurrarle al oído:

—Tu padre debería agradecerme. Conozco sus contactos. Sus barcos. He salvado su imperio. Lo mínimo que puedes hacer es cumplir.

Ella lo miró con ojos enrojecidos. Las manos le temblaban. Su voz salió rota.

—No voy a hacerlo.

—Oh, lo harás.

—No me obligues —dijo Miranda, y sacó algo de entre sus ropas: un pequeño alfiler de plata.

Carnahan palideció. Su tono cambió por primera vez.

—¿Qué haces?

—Te juro por lo más sagrado que si alguien da un paso más hacia mí… me lo clavo en el cuello.

—¡No seas ridícula!

—No —dijo ella con una calma aterradora—. Estoy harta de ser utilizada. Y no permitiré que arruines a mi padre ni que me condenes a una vida con alguien como tú. Si mi vida es el precio, te juro que lo pagaré.

Por un momento, todo se congeló.

Y entonces Carnahan sonrió. Lento. Cruel.

—¿Y crees que eso detendría algo? ¿Tu padre seguiría libre? ¿Tu nombre limpio? Te enterrarán sin dignidad, y yo me encargaré de cada maldito titular. No puedes ganar, Miranda. La única manera de sobrevivir… es colaborando.

Ella bajó la mano. Solo un poco.

Y supo que estaba atrapada.

***

Fuera del palacio, Jeremy llegó justo cuando las puertas se cerraban a su paso.

No lo dejaron entrar. No tenía autoridad. No tenía tiempo.

Y por primera vez en su vida… no tenía control.

Capítulo 14

A la hora del té, se gesta una guerra

Londres, un día después del anuncio de la dispensa real.

La residencia Kensington parecía tan elegante como siempre. Pero bajo sus techos altos y paredes cubiertas de retratos familiares, se respiraba una inquietud soterrada. Algo se avecinaba. Algo oscuro y urgente.

Jeremy Sawyer Bennett subió los peldaños de mármol con pasos rápidos. No había dormido. No había comido. Solo había repetido una y otra vez lo mismo en su cabeza: *"Van a casarla. Y yo no hice nada para evitarlo."*

El mayordomo apenas tuvo tiempo de anunciar su presencia antes de que Lady Clarisse lo hiciera pasar con una expresión que, pese a su compostura, dejaba claro que estaba al tanto de lo ocurrido.

—Señor Bennett. Le esperábamos.

—¿Cómo...? —Jeremy se detuvo—. ¿Lo sabían?

—Lo sospechábamos —dijo Lady Desdémona, entrando con una bandeja de té que no ofreció. Esta vez no había tiempo para las sutilezas del ritual.

—Siéntese —ordenó Clarisse con firmeza—. Y díganos exactamente qué sabe.

Jeremy, casi sin aliento, se dejó caer en una de las butacas.

—Carnahan ha conseguido una dispensa real. Alegó que Miranda está embarazada. Es mentira, pero la obliga a casarse con él. Ella… ella amenazó con matarse en el palacio. ¡Y aún así la están empujando hacia el altar!

Desdémona cerró los ojos un instante.

—Ese maldito bastardo.

—¿Qué sabe usted de él? —preguntó Jeremy, desesperado—.

¡Cualquier cosa puede ayudar!

Lady Clarisse no vaciló. Caminó hasta un gabinete, lo abrió y sacó una carpeta.

—Nosotras investigamos discretamente a cada caballero que se interesa en nuestras protegidas. Carnahan no fue la excepción. Tiene negocios turbios, conexiones con puertos extranjeros y una habilidad casi artística para encubrir su rastro. Pero no es infalible. Su ambición es su debilidad. Y ahora está demasiado confiado.

—¿Confesó algo? ¿O dejó algún indicio?

—Más de una vez dejó caer insinuaciones sobre "tener el control absoluto sobre Miranda" —dijo Desdémona, con amargura—. Su error fue creer que solo porque es americana, nadie lucharía por ella.

Jeremy se incorporó.

—Entonces, ¿hay forma de frenarlo?

Lady Clarisse alzó la mirada con algo que se parecía demasiado a una promesa.

—Hay siempre una forma. Pero requiere precisión. Movimiento calculado. Y algo de suerte.

Fue entonces que un joven sirviente irrumpió en el salón, agitado.

—Miladis… llegó una nota. De parte de una costurera de confianza. La señorita Pettyfer tiene cita mañana por la mañana. Para la prueba de su vestido de novia.

Un silencio pesado cayó sobre todos.

—¿Irá sola? —preguntó Jeremy, la voz quebrada.

—Sí, señor. El carruaje de su padre pasará a buscarla. Lord Carnahan no la acompañará.

Jeremy se puso de pie, los ojos ardiendo.

—Entonces será ahí. No permitiré que dé un paso más hacia ese altar.

Lady Clarisse asintió con una sonrisa afilada.

—Por fin habla como un hombre que está enamorado.

Desdémona lo miró con gravedad.

—Ahora escuche bien, señor Bennett. No solo va a necesitar valentía. Va a necesitar aliados. Los que conocen los pasadizos. Los que pueden hablar en voz alta sin que los silencien. Nosotras

haremos lo nuestro.

—¿Y usted? —preguntó Clarisse, con una chispa en los ojos.

—Yo la traeré de vuelta —dijo Jeremy.

—No solo la traiga. Sálvela.

***

En otro punto de la ciudad, Miranda cerraba la puerta de su habitación. Sus ojos estaban secos. Su corazón, apagado.

Mañana… le medirían el vestido.

Y nadie la iba a rescatar.

O eso creía.

Capítulo 15

El hilo que corta la soga

Londres, temprano por la mañana.
Maison de Madame Fournière.

El sonido de la campanilla colgante marcó la entrada de Miranda Pettyfer a la boutique más exclusiva de Mayfair. Vestía un abrigo azul grisáceo, el rostro oculto bajo un sombrero ancho, y las manos aferradas al bolso con una tensión tan firme que el nudo de los dedos palidecía.

La modista, Madame Fournière, la recibió con una sonrisa forzada. Había atendido a Miranda antes, en tiempos más alegres. Pero ahora, la joven parecía otra. Una sombra vestida de seda.

—Todo está preparado, señorita Pettyfer —dijo la mujer en un susurro—. El vestido... llegó esta madrugada.

Miranda asintió con una calma que no sentía. Subió las escaleras hacia el salón privado, donde el vestido reposaba como un fantasma: marfil, bordado en hilo de oro, pesado como una condena.

Se quedó inmóvil frente a él. No lo toques, se dijo. No cedas.

Entonces, la puerta se abrió. Y su corazón se detuvo.

—Miranda.

La voz era inconfundible. Grave, intensa, contenida. Jeremy.

Ella giró de golpe. Él estaba allí, sin aliento, los ojos encendidos de furia y algo más profundo: miedo. No por él. Por ella.

—¿Qué haces aquí? —susurró Miranda.

—Vine a buscarte.

—¿Cómo supiste…?

—Las damas me lo dijeron. Tu visita. El vestido. Qué estarías sola. Carnahan no pensó que nadie se atrevería.

Ella dio un paso atrás. Su espalda tocó la pared.

—Jeremy, no puedes estar aquí. Si alguien te ve…

—¡No me importa! —estalló él, acercándose—. ¿Qué demonios están haciéndote?

—Él va a destruir a mi padre —susurró—. Tiene pruebas. O las inventó. Da igual. Si no me caso con él, arruinará a mi familia.

Jeremy apretó los puños. Dio un paso más.

—Entonces vámonos.

—¿Qué?

—Te saco de aquí ahora mismo. Hay un carruaje esperando. Ya no estás sola, Miranda. No te dejaré entregarte a ese monstruo.

—No puedo. No puedes... Jeremy. —Ella temblaba—. ¡No entiendes!

—Entiendo que te están matando en vida —dijo él, más bajo—. Qué tienes miedo. Pero yo también tengo miedo. De perderte. De que te rompan antes de que podamos tener siquiera una oportunidad.

Ella se cubrió el rostro con las manos. Su cuerpo entero sacudido por la angustia.

—Te amo, Miranda —dijo entonces él—. Aunque no quieras. Aunque no puedas corresponderme ahora. No me importa. Te amo.

Silencio. Un suspiro. Una lágrima.

—Jeremy…

Ella lo miró. Y en ese instante, todo lo no dicho se hizo presente.

Él la abrazó. Ella se aferró a él. Como si ese instante pudiera borrar todo lo anterior. Como si el tacto bastara para salvarlos.

—¿Confías en mí? —susurró él contra su cabello.

Ella asintió, con un hilo de voz.

—Sí.

Él tomó su mano.

—Entonces, ven conmigo.

Pero antes de que pudieran llegar a la puerta…Una figura bloqueó la salida.

—Qué conmovedor —dijo Lord Carnahan, con una sonrisa siniestra —. El héroe y la doncella. Solo faltan los violines.

Jeremy se interpuso de inmediato.

—¡Aléjese de ella!

—¿Por qué? Ya es mía. Legalmente, casi. Y con una palabra puedo volver a condenar a su padre. ¿Te lo ha contado, señor Bennett? La señorita Pettyfer me pertenece más de lo que usted imagina.

Miranda cerró los ojos, como si el suelo fuera a tragársela.

Jeremy, en cambio, avanzó un paso más.

—Tóquela, y lo juro… le destruiré.

—Oh, señor Bennett. Usted no tiene ese poder.

—Todavía no —respondió Jeremy—. Pero ya no estoy solo.

Carnahan midió sus palabras. Sus ojos brillaban con rabia contenida.

—Esto aún no ha terminado.

Y con eso, se giró y se marchó.

***

Jeremy y Miranda no esperaron. Bajaron por la escalera trasera. El carruaje los esperaba. Jeremy la ayudó a subir. Cerró la puerta. Dio la orden al cochero.

Cuando finalmente respiraron dentro del carruaje en movimiento, Miranda rompió a llorar.

Jeremy no dijo nada. Solo la sostuvo.

Y por primera vez, ella no tuvo que cargar con todo sola.

Capítulo 16

El precio del silencio

Residencia de Jeremy Sawyer Bennett, Londres.

La casa era discreta, elegante y protegida como una fortaleza. Durante días, Miranda se había refugiado tras sus muros como si fueran los únicos que aún la sostenían. Jeremy la había mantenido alejada del escándalo, del juicio público, del mundo que pretendía consumirla. La había envuelto en silencio, en respeto, en cuidado.

Pero incluso entre paredes seguras, el peligro encontró la manera de colarse.

Esa mañana, Miranda pidió salir.

—Solo será una hora —dijo con voz firme—. Lady Clarisse y Lady Desdémona me esperan. Quiero agradecerles en persona. Y no puedo quedarme escondida para siempre.

Jeremy dudó. Pero accedió, con una condición.

—Irás con un escolta. El sargento Finch. Es de mi total confianza.

Ella asintió.

—Gracias, Jeremy.

Sus miradas se encontraron. Había ternura, gratitud… y algo más profundo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar aún.

***

La ciudad vibraba con su bullicio habitual. Carretas, peatones, gritos de vendedores ambulantes. Miranda caminaba junto al sargento Finch por una calle tranquila cerca del parque, ajustándose los guantes mientras respiraba el aire fresco.

Y entonces, ocurrió.

Un niño, no mayor de ocho años, tropezó justo frente a ella y cayó al suelo con un quejido ahogado.

—¡Oh, pobrecito! —exclamó Miranda inclinándose para ayudarlo a levantarse.

El niño tenía los ojos muy abiertos, brillantes. Sus manos temblaban cuando le entregó un sobre arrugado, antes de salir corriendo sin decir palabra.

—¿Qué fue eso? —preguntó Finch.

Miranda no respondió. Ya estaba leyendo la nota.

"Estás cometiendo un grave error. Tu hermana aún está viva. La hemos tenido todo este tiempo. Una vida por otra. Si no regresas por tu cuenta antes del anochecer, enviaremos su cadáver a tu puerta. Recuerda: fue tu padre quien nos vendió su silencio. No me obligues a cobrar lo que me corresponde.

—Carnahan"

El mundo se detuvo. El aire dejó de circular. Su hermana. Su pequeña, su sangre, su inocencia.

Miranda no dijo nada. Solo guardó la nota, enderezó la espalda… y mintió.

—Me siento algo indispuesta, sargento. Creo que regresaré a casa por mi cuenta. ¿Podría pedirle a alguien que avise a las damas que reprogramamos la reunión?

Finch, aunque dudó, no sospechó nada.

—Como desee, señorita Pettyfer. ¿Desea que la acompañe?

—No. Iré en el carruaje. Estaré bien.

Y así, sin dar tiempo a nada más… desapareció.

Capítulo 17

El dolor del silencio

Tres horas más tarde.

Jeremy irrumpió en su casa como un huracán.

—¿Dónde está? —exigió saber al ver al sargento Finch esperándolo en la entrada.

—¿Señor?

—¡Miranda! ¡No está! ¡Su tía no sabe nada! ¡Las damas no la han visto! ¡¿DÓNDE ESTÁ?!

El sargento palideció.

—Me dijo que estaba indispuesta. Que volvería…

Jeremy lo sujetó por el cuello del abrigo.

—¿Y la dejaste ir sola?

—Señor, ella…

—¡DIOS!

***

Una hora después, Ciarán Ruah lo escuchaba en silencio mientras Jeremy recorría la habitación como una fiera acorralada.

—¿Y si no llegamos a tiempo? ¿Y si la lastiman? ¿Y si es verdad? ¡Su hermana! ¿Cómo puede ser que nadie supiera que su hermana estaba viva?

Ciarán habló por fin.

—Porque hay hombres como Carnahan que saben corromper todo lo puro. Y padres que venden a sus hijas a cambio de poder.

—Tengo que encontrarla.

—Y lo haremos —dijo Ciarán con firmeza—. Pero tienes que

mantenerte frío. Porque si pierdes la cabeza, él gana.

Jeremy se detuvo. Tragó saliva.

—Voy a matarlo, Ciarán.

—Primero, vas a salvarla.

***

Y mientras los relojes de Londres avanzaban hacia el anochecer, Miranda, sola en un carruaje desconocido, miraba por la ventana… y se preparaba para enfrentar la oscuridad. Por su hermana. Por Jeremy. Por todo lo que aún podía salvar.

Capítulo 18

Donde no hay luz

Ubicación desconocida, afueras de Londres.

El carruaje se detuvo en medio de la nada.

El sonido de los cascos cesó, y Miranda Pettyfer sintió que su corazón se aceleraba como si quisiera advertirle lo que estaba por venir. El cochero no le dirigió la palabra. Solo abrió la puerta y le indicó con un gesto que bajara.

La casa frente a ella era vieja, con las ventanas cerradas y las cortinas pesadas como telones. Parecía una propiedad abandonada, si no fuera por los dos hombres armados que custodiaban la entrada lateral.

Una figura salió a recibirla.

Carnahan.

Vestido como si fuera a asistir a un almuerzo informal. Sonriente. Pulcro. Monstruoso.

—Has venido. Sabía que lo harías. La sangre es una cadena difícil de romper.

Miranda apretó los dientes.

—¿Dónde está?

—Tan directa. Me encanta esa franqueza americana. Aunque deberías trabajar en tu gratitud. Yo he cuidado de tu hermanita más de lo que jamás la cuidaron tus padres.

—¿Está viva?

Carnahan la miró largamente, como saboreando su angustia.

—Eso depende de ti.

—¡Muéstramela!

—Todo a su tiempo. Primero, tenemos que discutir… condiciones.

***

Scotland Yard, esa misma noche.

Jeremy y Ciarán observaban el plano desdoblado sobre la mesa de operaciones. El lugar era una antigua propiedad de los Carnahan, confiscada por años y recientemente reactivada a nombre de una empresa fachada.

—¿Estás seguro? —preguntó Jeremy, con los ojos clavados en el mapa.

—Tanto como puedo estarlo sin una confesión firmada —respondió Ciarán—. Hay actividad reciente. Entregas. Movimientos de personal. Y un testigo la vio subir a un carruaje de color vino que encaja con uno de los utilizados por los hombres de Carnahan.

—Entonces no esperemos más.

—No. Esta vez vamos con todo. Pero en silencio. Si fallamos, no solo perdemos a Miranda… nos cierran para siempre esta línea de investigación.

Capítulo 19

Al acecho de las sombras

Propiedad Carnahan, área subterránea.

La habitación era pequeña, sin ventanas, con una lámpara de aceite que lanzaba sombras bailando sobre las paredes.

Carnahan cerró la puerta detrás de él.

—Tu hermana está… delicada. Está en una habitación contigua. No responde bien a los extraños. Ha vivido cosas… difíciles.

—¡Quiero verla ahora!

—Y lo harás. En cuanto firmes este compromiso —respondió sacando un papel doblado—. Una unión legal, discreta. Ya tienes la bendición de la Reina. Todo lo demás es una formalidad.

—¿Y si no lo firmo?

—Entonces, pequeña flor, empezarás a recibir partes de tu hermana en sobres.

Miranda palideció.

—Tú estás enfermo.

—Estoy dedicado. Y tú eres un obstáculo que necesita… refinamiento. Pero eso puede cambiar. Podemos tener una vida tranquila, si dejas de resistirte.

Ella se acercó un paso.

—Prefiero morir antes que entregarme a ti.

—Y sin embargo, no lo has hecho —susurró él.

***

Una hora después.

Jeremy irrumpió por la puerta trasera de la propiedad con dos

hombres armados y Ciarán cubriéndole el flanco. Habían desactivado al primer guardia y neutralizado al cochero. La casa estaba en silencio sepulcral.

—¡Miranda! —gritó Jeremy.

No hubo respuesta.

Una habitación tras otra, todas vacías. Un rastro de té aún humeante. Una bata doblada sobre una silla. Un mechón de cabello rubio sobre la almohada.

—Está cerca —dijo Jeremy.

Ciarán revisó el último nivel del sótano. Puertas abiertas. Rejas rotas.

Un agente se acercó corriendo.

—Señores… encontraron una trampilla trasera. Hay huellas de carruaje saliendo del bosque. Salieron hace menos de media hora.

Jeremy apretó los puños. El mundo se le vino encima.

—¡No! ¡No puede haber desaparecido otra vez!

Ciarán lo sujetó del brazo.

—Esto no ha terminado. Solo es la siguiente jugada.

Jeremy respiró hondo, con el corazón en llamas.

—Entonces prepárate, Ciarán… porque yo no pienso parar.

***

En algún lugar del sur de Inglaterra.

Miranda, envuelta en una capa oscura, viajaba en un nuevo carruaje. Atada. En silencio.

A su lado, una joven dormía con la cabeza sobre su regazo.

Su hermana. Rubia. Delicada. Respirando. Viva.

Miranda cerró los ojos.

Y juró que esta vez sí habría un final.

Capítulo 20

La memoria y el mapa

Sur de Inglaterra, ubicación desconocida.

La habitación era estrecha, pero limpia. Las ventanas estaban selladas con tablones desde fuera, aunque una lámpara de aceite mantenía una luz cálida que no alcanzaba a suavizar el aire enrarecido.

Miranda se encontraba sentada junto al catre, con los dedos entrelazados y los ojos clavados en el rostro dormido de la joven a su lado.

Isabelle.

Su hermana. La niña que creía perdida. La adolescente que ahora yacía a su lado con las mejillas hundidas, las muñecas marcadas, los labios resecos… y aún así, respirando.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que la sacaron de la casa anterior. Sabía que estaban lejos —demasiado lejos—, y que ahora estaban en una especie de propiedad campestre, aislada, escondida entre colinas y caminos de tierra.

Carnahan no se había mostrado desde que llegaron. Solo el ama de llaves —una mujer silenciosa, con una mirada cansada— la había asistido, trayéndole comida y permitiéndole breves baños. Miranda no confiaba en ella, pero sabía que observarla podía ser útil.

Miranda se acercó al catre cuando su hermana se movió.

—Isa… —susurró con ternura—. Estoy aquí, mi vida. No voy a irme.

Isabelle gimió.

—Frío… mamá… ¿Dónde está mamá?

—No, amor. Soy Miranda. Tu hermana.

Los párpados de la joven temblaron. Los abrió. Lentamente. Ojos

claros, asustados. Perdidos.

—¿Mir… Miran…?

—Sí. Estoy aquí. Te tengo.

Isabelle lloró en silencio. No fue un llanto normal. Era como si su alma se quebrara con cada sonido. Miranda la abrazó con fuerza. Y entonces su hermana susurró algo que le heló la sangre:

—Las jaulas… no me dejes volver a las jaulas, Miranda. Por favor.

***

Scotland Yard, dos días antes

Jeremy y Ciarán estaban reunidos en el salón de mapas con dos agentes y un informante del puerto.

—Dices que el carruaje no volvió a Londres —insistió Jeremy—. ¿Entonces hacia dónde fue?

El informante, un cochero que había visto moverse a los hombres de Carnahan, señaló una zona del mapa.

—Tomaron dirección suroeste. Hacia Wiltshire. Hay caminos rurales allí… y tengo un primo que dice haber visto un convoy detenido frente a una finca con torres.

—¿Qué finca? —preguntó Ciarán, tenso.

—No lo sé. Pero hay algo más. Uno de los hombres llevaba un símbolo en el anillo. El escudo de la familia Faulkner. Ellos tenían propiedades antiguas por esa zona… una fue vendida hace años. No figura a nombre de Carnahan. Pero el administrador actual… trabajó para él.

Jeremy se puso de pie de golpe.

—Entonces tenemos una pista.

—Y una sola oportunidad —añadió Ciarán—. Si vamos, será sin autorización. Si fallamos, Carnahan podrá borrar cualquier rastro.

—Entonces no vamos a fallar —dijo Jeremy—. Porque esta vez no es solo justicia. Es… ella.

Capítulo 21

Lo que la oscuridad oculta

Casa rural – Sala de vigilancia oculta.

La habitación estaba sumida en una penumbra espesa, como si el aire mismo se rehusara a moverse. Una única lámpara colgaba del techo, oscilando con un leve crujido que parecía un susurro constante. El vidrio empañado del espejo oculto vibraba con cada paso lejano.

Carnahan estaba sentado en un sillón de respaldo alto, envuelto en sombras, con una copa de brandy entre los dedos como si fuera un trofeo recién ganado. Sus ojos, fríos como acero mal templado, estaban clavados en el reflejo: el cuarto que se ocultaba tras el cristal.

Miranda aparecía enmarcada por la tenue luz de una lámpara rota, arrodillada junto a una cama donde su hermana dormía como una figura frágil de porcelana agrietada. El cabello de ambas se mezclaba sobre las sábanas como un rastro de algo roto y hermoso.

—Estás despertando, querida —murmuró Carnahan, apenas un aliento sobre el cristal—. Y eso… eso me fascina.

Su dedo recorrió el borde de la copa como si acariciara un secreto.

Detrás de él, la puerta crujió. Un sirviente entró en silencio, como si la casa misma lo tragara y escupiera sin aviso.

—¿Ha dicho algo útil? —preguntó Carnahan, sin volverse.

—Nada aún. Apenas murmullos. Recuerdos fragmentados… nombres que no entiende.

Carnahan sonrió con una lentitud malsana.

—Que recuerde lo suficiente para quebrarse —susurró—. Pero no tanto como para escapar.

Se levantó, dejando la copa sobre una mesa de hierro oxidado. El

reflejo seguía allí. Vivo. Resistiendo.

***

En el cuarto, el aire olía a humedad y encierro. El papel tapiz se despegaba en las esquinas, dejando al descubierto capas viejas de otros cautiverios. Las ventanas estaban tapiadas con listones gruesos, cruzados como barrotes que fingían no serlo.

Miranda ya no temblaba como antes. No lloraba. Se había endurecido.

Su respiración era lenta, controlada. Sus ojos, enormes y oscuros, recorrían cada rincón del cuarto: el pestillo oxidado que chirriaba al cerrar. Las bisagras que soltaban un quejido apenas audible al moverse. El leve retardo de la cerradura cada vez que la sirvienta salía. Todo lo almacenaba. Todo lo leía.

No era la misma muchacha aterrada que había llegado. Ahora era una mujer rodeada de lobos, con las uñas listas.

Se inclinó sobre Annabelle, que respiraba con esfuerzo, perdida en sueños o pesadillas de las que Miranda no podía salvarla… aún. Le apartó un mechón de la frente con ternura feroz y bajó la voz a un susurro ronco.

—Te voy a sacar de aquí, Isa…Vamos a volver a casa. Lo juro. Y esta vez… él no va a quedarse con nada. Esta vez, Carnahan va a arder.

Y al otro lado del espejo, un monstruo sonrió.

Capítulo 22

Entre la fuga y el fuego

Wiltshire, finca Faulkner – al anochecer.

Los campos aledaños eran una extensión de sombras y niebla baja. Solo el ulular lejano de un búho rompía el silencio, acompañado por el crujido ocasional de ramas al viento. Un muro de piedra cubierto de musgo rodeaba la propiedad abandonada, ahora convertida en prisión. Desde lo alto, las torres apenas visibles dejaban filtrar una tenue luz por rendijas estrechas.

Jeremy se agachó tras un seto, observando con un catalejo la entrada lateral. A su lado, Ciarán revisaba el plano de la antigua casa. Habían conseguido el diseño original gracias a los contactos de Lady Clarisse.

—Dos hombres en la entrada trasera. Uno patrullando la galería. Uno más en el tejado. Son metódicos, pero no son soldados —murmuró Jeremy.

—Tienen confianza —respondió Ciarán—. Y eso los vuelve torpes.

—¿Listos? —preguntó Jeremy, apretando los labios.

—Más que nunca.

***

Dentro de la casa, en el ala oeste.

Miranda había contado hasta setecientas doce respiraciones. Calculado los minutos entre cada ronda del guardia. Observado el crujido de las maderas bajo ciertos escalones. Y ahora, tenía una oportunidad.

Con su hermana aún dormida, aturdida por el medicamento que le

daban, Miranda preparó lo que pudo: una cuerda hecha con sábanas anudadas, un trozo de cristal escondido bajo su corsé, y un recuerdo latente: Jeremy, sus palabras, su promesa.

"No te dejaré entregarte."

Se acercó al marco de la puerta cuando escuchó pasos. Fingió calma. La sirvienta entró con un pequeño bol de sopa caliente.

—¿Cómo está la niña?

—Mejor… creo. ¿Podría ayudarme a levantarla? Está demasiado pálida.

La mujer dudó, pero se acercó al catre. Fue entonces que Miranda, con movimientos precisos y sin vacilar, le colocó un paño húmedo empapado con el somnífero que había escondido desde la última cena. La mujer cayó sin emitir un sonido.

—Lo siento —susurró con auténtico dolor.

Se vistió rápidamente con las ropas de la sirvienta, ocultó su cabello bajo una cofia y colocó a su hermana en un improvisado fardo de mantas. Usó la cuerda de sábanas para descender a través de la ventana del segundo piso.

Pero abajo, alguien ya la esperaba.

—¿A dónde cree que va, señorita Pettyfer?

La voz del hombre era ronca. Uno de los guardias.

Miranda se detuvo. El corazón en la garganta. Apoyó a su hermana contra la pared, giró sobre sí misma y sacó el trozo de cristal de su bota.

—¡No des un paso más!

—¿O qué?

Y entonces, algo ocurrió.

Un grito. Un golpe seco. El guardia cayó hacia adelante.

Detrás de él, con la respiración entrecortada y la camisa manchada de polvo, estaba Jeremy.

—¡Dios, Miranda!

—¡Jeremy!

Él corrió hacia ella. La tomó del rostro, la miró como si temiera que fuera un espejismo. Luego, sin pensarlo, la besó. Brevemente. Intensamente.

—¿Estás bien?

—Sí… Isa… está viva.

Jeremy miró al bulto envuelto en mantas. No preguntó más. Solo asintió y la ayudó a levantarla.

—Ciarán tiene a los hombres cubriendo la parte trasera. Hay un camino despejado hacia el bosque. Pero tenemos que irnos ahora.

***

En otra parte de la casa, Ciarán y dos agentes habían sometido a los últimos vigilantes. Una bengala verde encendida en el cielo fue la señal. Todo había salido según lo planeado.

Cuando Miranda apareció en el borde del muro, con Jeremy a su lado, llevando entre ambos a Isabelle, Ciarán sintió algo dentro de él aflojarse.

—Vamos, vamos —ordenó.

En minutos, los caballos estaban listos. El carruaje los esperaba oculto entre los árboles.

—¿Crees que él lo sabe? —preguntó Jeremy mientras acomodaban a Isabelle con cuidado.

—No todavía. Pero lo sabrá. Y cuando lo haga… irá a por todo.

Miranda, sentada junto a su hermana, miró a Jeremy.

—Entonces acabemos esto… antes de que él lo intente de nuevo.

Y mientras el carruaje se alejaba en la oscuridad, tres corazones latían al unísono: por la libertad, por la justicia… y por el amor que aún podía salvarlos a todos.

Capítulo 23

Donde florecen las heridas

Casa de campo de Lady Desdémona, Surrey. Tres días después del rescate.

El aire del campo olía a lavanda y a tierra húmeda por la lluvia de la mañana. Las hojas susurraban con la brisa primaveral y, en la distancia, los pájaros anunciaban la llegada de la tarde. A simple vista, parecía un día como cualquier otro. Pero dentro de la finca de Lady Desdémona, las paredes contenían verdades que aún no se habían atrevido a pronunciar.

Isabelle dormía.

Y por primera vez en días, su respiración era tranquila.

Miranda, sentada junto a su cama, sostenía entre las manos una taza de té que se había enfriado. No lo había probado. No podía. Su mirada estaba fija en el rostro de su hermana, en las sombras bajo sus ojos, en la delgadez de sus muñecas, en el susurro de los gemidos que aún escapaban entre sueños.

Lady Desdémona entró en la habitación sin hacer ruido. Traía una manta nueva.

—¿Cómo está?

—Mejor —susurró Miranda—. Al menos duerme sin sobresaltos. Eso ya es más de lo que habíamos soñado.

La dama se sentó junto a ella.

—Tú no has dormido en tres días.

—No puedo —dijo Miranda—. Si cierro los ojos, vuelvo allí.

Desdémona le tomó la mano con suavidad.

—Entonces déjalo salir. Cuéntamelo. Lo que ella te dijo.

Miranda cerró los ojos. Y empezó a hablar.

***

Más tarde, en el salón de té privado.

Jeremy y Ciarán escuchaban en completo silencio. Miranda, aún temblorosa, relató lo que Isabelle había contado en sus momentos de lucidez.

—Dijo que la llevaron desde el muelle directamente a una finca en la costa. Que le cambiaron el nombre. Que la mantenían sedada, pero no todo el tiempo. La preparaban. "Como si fuéramos muñecas para alguien más", dijo.

—¿Más de una? —preguntó Jeremy apretando los puños.

—Sí. Había otras niñas. Algunas más pequeñas. Algunas ya... rotas. No todas hablaban. A muchas se las llevaron. Y no regresaron.

Jeremy cerró los ojos. Ciarán tragó saliva con fuerza.

—Una red —dijo—. Nacional. Tal vez internacional. Y Carnahan no es solo un jugador. Está en la cúspide.

—Y no está solo —añadió Miranda—. Lo mencionó. Isabelle dijo que había una mujer. "La dama del perfume de violetas". Eso dijo. Que todas temían a esa mujer más que a los hombres.

Ciarán palideció.

—La Viuda.

Jeremy alzó la vista.

—¿Estás seguro?

—No hay otra igual. Ha desaparecido desde la caída de Merriweather, pero si está con Carnahan… lo que planean es más grande de lo que imaginamos.

***

Esa noche, Jeremy salió al jardín. El cielo estaba despejado, pero su mente era un torbellino. Miranda se acercó en silencio, envuelta en un chal de hilo fino.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—No. No desde que la escuché.

—Lo siento.

—No —respondió él—. Gracias por contarlo. Gracias por confiar en mí.

Ella le sostuvo la mirada. Había dolor. Había temor. Pero también, por fin, había algo parecido a esperanza.

—¿Qué harás ahora?

—Lo que haga falta —dijo Jeremy—. Para exponerlos. Para destruirlos. Para salvar a las que aún no hemos encontrado.

—¿Y si no lo logras?

Jeremy la miró con una ternura feroz.

—Entonces lo intentaré hasta el último aliento.

Ella dio un paso. Luego otro. Se detuvo frente a él.

—No eres lo que esperaba… —murmuró—. Eres más.

Él la tomó de la mano, y en el silencio del campo, fue como si todo comenzara de nuevo.

***

Al día siguiente, Ciarán regresó con una carpeta de documentos y una noticia.

—Lady Clarisse ha convocado a una reunión privada en Londres. Hay más personas dispuestas a hablar. Comienza la caída de Carnahan.

—¿Y Miranda? —preguntó Jeremy.

—Debe decidir si quiere seguir luchando… o salvarse a sí misma primero.

Y Miranda, al escuchar esas palabras, respondió desde el umbral:

—¿Y si quiero hacer ambas cosas?

Capítulo 24

La ciudad donde arden los secretos

Londres, una semana después.

La niebla cubría los carruajes y las fachadas como un velo de incertidumbre, pero Miranda Pettyfer no titubeó al bajar del coche. Vestía de gris oscuro, el sombrero ladeado con decisión, la mirada al frente. Su rostro estaba más delgado, su postura más firme.

Jeremy bajó detrás de ella, el rostro tenso pero decidido. Habían regresado con una misión: derribar a lord Carnahan y todo el sistema que lo protegía.

Esperándolos en la entrada de la residencia de Lady Clarisse estaba Ciarán, con una carpeta de documentos bajo el brazo.

—¿Están listos? —preguntó él, sin rodeos.

—Tanto como una bala antes de dispararse —dijo Jeremy.

***

Salón privado, residencia Kensington.

Lady Clarisse se paseaba frente a una chimenea encendida. Lady Desdémona hojeaba un cuaderno de contactos. Ambas se giraron al ver a Miranda.

—Querida —dijo Clarisse—. Pareces más fuerte.

—Estoy de pie. Eso es suficiente —respondió Miranda.

Jeremy desplegó los documentos que habían traído.

—Tenemos testimonios. Las declaraciones de las niñas rescatadas. Las cuentas cruzadas entre Carnahan y dos empresas fachada. Una ruta completa desde Boston hasta Marsella pasando por los puertos controlados por su red.

—¿Y los nombres? —preguntó Desdémona.

—Cinco lores, dos obispos, un juez retirado… y un ministro. Todos hombres intocables. Hasta ahora.

—¿Qué proponen? —preguntó Clarisse, tensa.

—Una gala. Con prensa. Invitaciones estratégicas. Hacemos público lo privado. Y mientras tanto, Scotland Yard ejecuta órdenes de arresto simultáneas. Un escándalo que no pueda enterrarse.

Miranda respiró hondo.

—Yo hablaré. Lo haré público.

Todos la miraron.

—¿Estás segura? —preguntó Jeremy.

—No vine hasta aquí para quedarme callada.

Capítulo 25

Susurros de mujer

Más tarde, en los pasillos del Parlamento.

El Parlamento bullía con murmullos, trajes oscuros y pasos firmes sobre mármol frío. En medio del caos diplomático cotidiano, un hombre cruzó el corredor con la cabeza gacha y dejó discretamente un sobre de papel grisáceo sobre el escritorio de Ciarán Ruah.

Este lo tomó sin prisa. Pero al romper el sello y desplegar la hoja en su interior, la sangre se le heló.

Solo una línea. Una amenaza disfrazada de advertencia.

"La Viuda no ha terminado. Carnahan solo es el principio."

Jeremy se había acercado sin hacer ruido, leyó la nota por encima de su hombro, y por primera vez en semanas, sus ojos reflejaron más miedo que furia.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ciarán, la mandíbula tensa.

Jeremy respiró hondo, como si intentara contener la verdad que pesaba en su pecho.

—Que hay más. Que esto no es una red, es una hidra.

—¿Una hidra?

—Sí —dijo Jeremy, casi en un susurro—. Cortamos una cabeza… y crecerán dos más. Y esta vez, no están ocultos. Están esperándonos.

***

En una habitación oscura, en algún lugar de Londres.

La penumbra era espesa como alquitrán. El aire olía a incienso, a hierro y a perfume caro derramado sobre madera antigua. La habitación no tenía ventanas, solo una gran lámpara sobre un

tablero de corcho cubierto con fotografías, documentos, nombres tachados, líneas rojas que unían destinos como venas abiertas.

Frente al tablero, una figura femenina se mantenía inmóvil. Su silueta era alta, delgada, inconfundible. Sus dedos enguantados sostenían una pieza de ajedrez: una dama negra. La movió lentamente… y la dejó caer sobre la imagen de Miranda Pettyfer, justo entre las cejas.

—¿Creíste que podías tocar mi red y salir ilesa? —susurró la Viuda, con una voz baja y elegante que podría haber sido seducción o sentencia—. Aún no ha terminado, niña americana. Apenas comienza.

A su espalda, la luz reveló una figura encorvada: Carnahan.

Vendado, herido, su rostro parecía una máscara mal tallada. Sostenía una copa medio vacía con manos temblorosas, pero la voz que brotó de su garganta fue tan fría como la de un verdugo.

—Hagan que lo lamenten. A todos. Que vean sus hogares arder mientras imploran perdón.

La Viuda no se volvió. Solo sonrió.

—Primero… que sientan miedo. El fuego viene después.

***

Mientras tanto, en la residencia Hawthorne.

El jardín era un mundo distinto. Aislado del resto del universo. Las rosas se abrían lentamente con la tibieza de la primavera, y el aire olía a tierra mojada y promesas nuevas. Miranda se sentó en un banco de hierro forjado, los dedos acariciando con nerviosismo los pliegues de su falda.

Jeremy llegó en silencio, como siempre. Se sentó a su lado sin hablar, y por un momento, compartieron el murmullo de las hojas sin necesidad de palabras.

—¿Y si esto no termina bien? —preguntó ella al fin, su voz apenas un suspiro—. ¿Y si esto sigue para siempre… y nos arrastra?

Jeremy le tomó la mano con firmeza.

—Entonces lo detenemos. Lo enfrentamos.

—¿Cómo?

—Como vos me enseñaste. Con la verdad. Con rabia. Y si no podemos… —Se inclinó hacia ella—. Lo reescribimos. Juntos.

Miranda lo miró. Por primera vez en mucho tiempo, sus ojos no estaban empañados de dolor, sino de algo más profundo: esperanza.

Y aunque sabía que la sombra aún se cernía sobre ellos…Por primera vez desde su llegada a Inglaterra, ella creyó en un futuro posible. Porque donde el enemigo tejía miedo… Ellos ya habían empezado a tejer libertad.

Capítulo 26

La gala de la verdad

Londres, Salones Reales de Lancaster House. Una semana después.

Los candelabros resplandecían como cielos estrellados atrapados en vidrio. Los salones estaban colmados de vestidos relucientes, joyas centelleantes, sonrisas estudiadas. Una gala sin igual. Una trampa con perfume de escándalo.

Miranda Pettyfer cruzó las puertas escoltada por Jeremy Sawyer Bennett, el brazo firme bajo el suyo, y el corazón latiendo como un tambor de guerra. Llevaba un vestido azul profundo, sin joyas, sin adornos innecesarios. Su sola presencia bastaba.

La sala se hizo silencio cuando entraron.

—Están todos —susurró Jeremy—. Lores, obispos, diplomáticos… incluso representantes de la Reina. La prensa está detrás del cortinaje, esperando tu palabra.

—Entonces es ahora —dijo ella respirando hondo.

***

Salón de oradores, minutos después.

Lady Clarisse y Lady Desdémona observaban desde uno de los palcos superiores. Ciarán, apostado cerca de una salida, no quitaba la vista de la multitud. Los informantes estaban listos. Las órdenes de arresto, firmadas. Faltaba una sola cosa: la verdad.

Miranda subió al estrado. El murmullo se apagó. Jeremy le tomó la mano justo antes de que ella se adelantara.

—Estoy contigo —le dijo.

Ella asintió.

—Gracias…, por traerme de vuelta.

Y entonces habló.

—Buenas noches. Soy Miranda Pettyfer. No soy noble. No soy inglesa de nacimiento. Pero soy hija, hermana… y sobreviviente.

Un silencio sepulcral.

—Durante años, se ha permitido que una red de poderosos hombres y mujeres secuestren, esclavicen y destruyan vidas inocentes en nombre del prestigio y el silencio. Yo estuve a punto de convertirme en una víctima más. Mi hermana fue una de ellas.

Voces ahogadas. Miradas que se cruzaban. Párpados que temblaban.

—Esta noche no les traigo rumores. Les traigo nombres. Evidencia. Y una promesa: no volveremos a callar.

El murmullo se convirtió en escándalo. Los periodistas comenzaron a anotar frenéticamente. Un par de lores se pusieron de pie, visiblemente tensos.

Lady Clarisse asintió con una sonrisa fría.

—Ha comenzado.

Pero en el instante en que Miranda bajaba del estrado, ocurrió. Una explosión de vidrios. Un estruendo. Gritos. Humo. Confusión.

Un grupo de figuras encapuchadas irrumpió desde las puertas laterales.

—¡Miranda! —gritó Jeremy empujando entre la multitud.

Pero ya era tarde.

Una figura femenina vestida de luto, velo sobre el rostro y guantes negros, tomó a Miranda por la cintura con fuerza.

—El ajedrez ha terminado, querida —susurró una voz reconocible, gélida—. Ahora jugamos a sobrevivir.

La Viuda.

***

Jeremy llegó justo cuando el carruaje oscuro doblaba la esquina. Disparó. Corrió. Gritó.

Pero ella se había ido.

Ciarán lo alcanzó, jadeando, la pistola en la mano.

—¿La viste?

—Sí —susurró Jeremy—. Se la llevaron. A plena vista.

—¿La Viuda?

—Con sus propias manos.

Jeremy cayó de rodillas en medio de la calle, con el corazón roto.

—Vamos a encontrarla —dijo Ciarán clavando los ojos en la oscuridad.

—Sí —murmuró Jeremy, de pie otra vez—. Pero esta vez… vamos a destruirlos.

Capítulo 27

Fuego en la oscuridad

Londres, horas después de la gala.

La ciudad no dormía.

El escándalo se había desatado como una tormenta sobre la aristocracia. Los nombres que Miranda había pronunciado no podían borrarse. Las miradas, las voces, las preguntas… todo hervía.

Pero nada de eso le importaba a Jeremy Sawyer Bennett, que galopaba por las calles en plena madrugada, el abrigo agitado por el viento y el rostro transformado por la desesperación.

—¡Díganme si vieron un carruaje negro! ¡Con emblemas dorados! ¡Una mujer de vestido azul! —gritaba a los porteros, a los cocheros, a los barrenderos nocturnos—. ¡DÍGANME!

Y cada vez que la respuesta era negativa, la rabia le arañaba el pecho.

***

Ubicación desconocida, subterráneo de piedra.

Miranda abrió los ojos.

Estaba acostada en un colchón delgado sobre el suelo, atada de pies y manos. Su cabeza latía con fuerza, y su vestido estaba desgarrado en una de las mangas.

La habitación estaba hecha de piedra húmeda. Sin ventanas. Una sola lámpara colgaba sobre su cabeza.

Y frente a ella, sentados como espectadores en una obra que habían escrito juntos, estaban Carnahan y la Viuda.

Él lucía despeinado, pálido. Su expresión había perdido todo rastro

de cortesía.

Ella, en cambio, estaba impecable. Vestida de negro, guantes de encaje, rostro cubierto por un velo de tul oscuro. Una reina de los condenados.

—Despierta, flor americana —susurró la Viuda—. El mundo no te extrañará tanto como crees.

—¿Qué quieren de mí? —murmuró Miranda, con la voz rota.

—Que desaparezcas —dijo Carnahan—. Sin gloria. Sin mártires. Sin testigos.

—Creyeron que podían destruirme. Pero ya no tengo miedo —susurró Miranda—. Y ustedes… ustedes están perdiendo.

La Viuda se agachó a su altura.

—¿De verdad piensas que un nombre leído en voz alta puede desmantelar generaciones de poder? Te dimos una noche de ilusión. Una chispa. Nosotros somos el incendio.

—Él vendrá por mí.

Carnahan se acercó.

—Él no sabrá dónde buscar. Lo tenemos todo planeado. Nadie te hallará.

Miranda alzó la barbilla.

—Entonces tendrán que matarme.

—Eso puede arreglarse —dijo la Viuda con suavidad.

Capítulo 28

Corriendo en las sombras

Mientras tanto, en los archivos de Scotland Yard.

—¡Hay una finca abandonada cerca de Norfolk! —gritó uno de los agentes de Ciarán—. Antes pertenecía a la familia Faulkner. Los mismos que aparecían en los documentos falsos de Carnahan.

Jeremy golpeó la mesa con el puño.

—¡Vamos!

—Jeremy —dijo Ciarán, tomándolo del brazo—. Esta vez… puede ser una trampa.

—Entonces será la última que les dejemos tender.

***

Norfolk, esa misma noche.

El carruaje se detuvo frente a la antigua capilla en ruinas. Miranda fue arrastrada por dos hombres hasta el interior. La Viuda no los acompañó.

—Aquí termina tu historia —dijo Carnahan, con la pistola en mano.

Miranda lo miró. Había miedo, sí. Pero también fuego.

—Y empieza la mía.

Un ruido. Un grito. Un disparo. Las puertas estallaron. Jeremy. Ciarán. Y un equipo armado.

—¡NO! —gritó Carnahan, apuntando a Miranda.

—¡Al suelo! —gritó Jeremy, disparando hacia el brazo del hombre.

Carnahan cayó con un alarido. Miranda, temblando, lo miró desplomarse.

Y luego vio a Jeremy correr hacia ella.

—Miranda…
Él la liberó con manos temblorosas.
—¿Estás herida?
—No. Tú viniste. Tú… siempre vienes.
Él la tomó en brazos.
—Nunca más volveré a dejar que te alejen de mí.

***

En la distancia, la Viuda observaba desde una colina, un caballo negro bajo sus piernas, el rostro cubierto por la niebla.
—La próxima vez, querida… no fallaré.
Y desapareció.

Capítulo 29

La luz que no se apaga

Dos semanas después del rescate. Residencia Kensington.

La lluvia golpeaba los ventanales con furia, pero dentro del salón privado de Lady Clarisse, el aire estaba cargado de determinación. Miranda, envuelta en un vestido burdeos que hacía resaltar la firmeza de su expresión, sostenía una carpeta con información. A su lado, Jeremy y Ciarán intercambiaban miradas silenciosas. Ya no había dudas. Solo propósito.

—Este es el último bastión —dijo Ciarán señalando el mapa desplegado—. Una propiedad costera usada como puerto privado. La Viuda estará allí. Y si no lo está, al menos estará todo lo necesario para destruirla.

—¿Qué dicen los informantes? —preguntó Miranda, su voz firme.

—Hay movimiento. Documentos, cargamentos, personal extranjero. Todo apunta a una última transacción —añadió Jeremy—. Y esta vez no vamos a esperar. Vamos a irrumpir. Exponer. Derribar.

Lady Desdémona asintió con orgullo.

—Tendrán nuestra ayuda. Y la de todas las damas que han despertado con esta causa. Esta noche, Londres perderá el miedo.

***

Finca costera, esa misma noche.

La luna se ocultaba entre nubes densas mientras los primeros carruajes llegaban en silencio. Damas vestidas con encajes oscuros, lores con miradas vacías, todos eran recibidos por sirvientes silenciosos que no hacían preguntas.

Pero no sabían que entre ellos… estaban sus enemigos.

Jeremy caminaba entre las sombras de los árboles, con Miranda a su lado y Ciarán unos pasos más atrás, dando instrucciones a un equipo de agentes encubiertos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Jeremy mirando a Miranda.

—Sí. Quiero verlos caer. Quiero que me vean libre. Y quiero que tú estés conmigo cuando ocurra.

Jeremy la tomó de la mano.

—No te soltaré.

Capítulo 30

Cuando calla el miedo

Interior de la mansión.

La Viuda apareció en el salón central, escoltada por dos figuras imponentes. Su vestido negro era como una sombra viva, su velo tan espeso como su desprecio por la debilidad.

—Queridos invitados —dijo con una sonrisa glacial—. Esta será una noche para recordar.

Pero entonces, las puertas se abrieron de golpe.

—¡Por orden de Su Majestad y Scotland Yard, esta reunión queda disuelta! —gritó Ciarán, irrumpiendo con sus hombres armados.

El caos estalló. Gritos. Carreras. Hombres derribados. Papeles volando. Y en medio de todo, Jeremy corrió tras la Viuda, quien intentaba huir por un pasadizo oculto.

—¡Miranda! —gritó él.

Ella lo siguió sin dudar. Con cada paso, con cada aliento, sentía que cerraba una herida abierta por años.

Al alcanzar la salida trasera, la Viuda se volvió. Sola. Sin máscara.

—¿De verdad creen que esto termina aquí? ¿Qué pueden purgar siglos de poder con una redada y un par de discursos?

—No con discursos —dijo Miranda alzando la pistola que llevaba escondida—. Con justicia.

—No me dispararás —se burló la Viuda—. No tienes lo necesario.

—Tienes razón —dijo Miranda—. Pero él sí.

Jeremy, a su lado, apuntó con precisión. Y disparó. No a matar. A inmovilizar.

La Viuda cayó. Ciarán llegó segundos después.

—Tenemos todo —dijo—. Esta vez no se escapa.

***

Al amanecer.

Los rayos del sol atravesaban las ventanas altas de la sala costera, ahora despejada. Miranda caminó hacia el balcón, el cabello suelto, el rostro bañado en luz.

Jeremy se acercó por detrás.

—¿Estás bien?

Ella se giró, y por primera vez desde que lo conoció, no había miedo en sus ojos.

—Estoy libre.

—Y hermosa —susurró él.

—Jeremy…

—No, déjame decirlo. Te amo, Miranda. Desde el primer momento en que te vi sentí que algo en mí empezaba a cambiar. No solo quise protegerte. Quise merecerte. Quise que fueras mi futuro.

Las lágrimas de ella rodaron en silencio.

—Yo también te amo. Y no sé cómo ocurrió. Quizás fue cada vez que no me soltaste. O cómo me viste cuando yo no podía ver nada. Pero lo siento. Lo sé.

Él la besó. Largo. Dulce. Real.

Y el mundo, por fin, calló a su alrededor.

Epílogo

La vida que elegimos

Otoño de 1875. Casa de Aine, afueras de Londres.

Las hojas doradas caían en espiral sobre los jardines de piedra. El sonido de risas jóvenes llenaba el aire como una melodía nueva. Entre bancos de hierro forjado, rosales florecientes y ventanas abiertas, la Casa de Aine rebosaba vida.

Y en medio de todo, Miranda Pettyfer, con un cuaderno entre las manos, observaba cómo una de las niñas más pequeñas practicaba la lectura con Selene Hawthorne. El hogar, bautizado en honor a la hija perdida de Selene, era ahora refugio, familia y redención para muchas más.

—¿Te quedarás para el almuerzo, querida? —preguntó Selene acercándose con una sonrisa—. A las chicas les encanta que estés aquí.

—Claro. Isabelle quería preparar galletas —respondió Miranda con una calidez en la voz que aún la sorprendía.

Isabelle, su hermana, vivía ahora con ella y Jeremy. Su recuperación era lenta, pero constante. Ya no se sobresaltaba con los ruidos fuertes, ya no susurraba entre sueños. Ahora reía, leía, cosía. Vivía.

Y Miranda también.

***

Residencia Bennett, Mayfair. Una semana después.

Jeremy entró en su despacho con la prensa del día bajo el brazo. Aún no se acostumbraba a que lo llamaran "jefe Bennett", aunque el

título oficial —nuevo director de Scotland Yard— ya era de conocimiento público.

La red de Carnahan se había desmantelado completamente. Algunos escaparon, pero la mayoría cayó. La Viuda… aún estaba desaparecida. Pero el miedo ya no era lo que dominaba la ciudad.

Y lo mejor de todo: Miranda estaba con él.

Cuando llegó al salón, ella lo esperaba sentada junto a Isabelle, hojeando un libro de botánica.

—¿Cómo está mi flor favorita? —preguntó Jeremy besando la frente de su prometida.

Isabelle se rio.

—¡Supongo que soy yo!

—Las dos lo son —añadió Miranda mirándolo con esa sonrisa que lo hacía olvidar los años de oscuridad.

—¿Has recibido respuesta de tu padre? —preguntó él luego, más serio.

La sonrisa de Miranda se borró un poco, pero no del todo.

—No. Y no espero que la haya. Después de todo, ocultarme que Isabelle estaba viva… no es algo que pueda perdonarse fácilmente.

—¿Te arrepientes de haber cortado contacto?

—No. Por primera vez, no estoy viviendo la vida que él planeó. Estoy viviendo la mía.

Jeremy le apretó la mano.

—¿Y esta vida te gusta?

Ella se inclinó, rozando su nariz con la suya.

—Me fascina. Pero… podría gustarme aún más.

—¿Ah sí? ¿Qué falta?

Miranda sacó de su faltriquera un pequeño paquetito de seda y se lo puso sobre las palmas.

—Ábrelo.

Jeremy lo hizo con curiosidad. Dentro, había una ramita de lavanda seca… y una pequeña nota en su letra pulcra:

"Una nueva raíz se ha plantado. Esta primavera floreceremos".

Él la miró, perplejo.

—¿Esto es lo que creo que es?

Ella asintió, conteniendo las lágrimas.

—Voy a tener un bebé, Jeremy.

Y entonces, él simplemente se arrodilló. No por protocolo. No por teatro. Sino porque el amor lo venció.

—Gracias por elegirme. Gracias por perdonarme. Gracias por enseñarme a amar.

Ella se inclinó y lo abrazó con toda la fuerza de su nueva vida.

—Gracias por quedarte.

Y mientras el otoño cubría Londres de fuego dorado, la historia que comenzó con miedo y terminó con fe seguía floreciendo. En cada nueva niña rescatada. En cada semilla de esperanza. Y en el latido de un corazón que crecía en silencio.

Porque al final… el amor no solo salva. El amor permanece.

Agradecimientos

A Lola Gude a la editorial Selecta y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

Una tímida joven americana obligada a encontrar un noble marido inglés.

Un investigador de Scotland Yard que indaga entre la alta sociedad inglesa.

Y un encuentro que los lleva a relacionarse más allá de lo que ninguno sospecha.



La señorita Miranda Pettyfer ha llegado a Londres desde las Américas obligada por su padre a procurarse un prometido de la alta sociedad inglesa. Pero la joven no sabe cómo va a lograrlo cuando ni

siquiera es capaz de decirle dos palabras a un caballero sin comenzar a tartamudear y sonrojarse. Además, **ignora por completo cómo participar en las convenciones sociales**. Así las cosas, decide mantenerse alejada de cualquier posible pretendiente con la esperanza de que su padre cambie de idea y le permia regresar a su hogar junto a sus hermanas. Sin embargo, algo ocurre, y debe buscar ayuda en el lugar más inesperado.

Jeremy Sawyer Bennett, agente en jefe de Scotland Yard ha estado indagando sobre un miembro prominente de la realeza, de quien se sospecha que está relacionado con actividades ilegales. Inesperadamente, **cierta joven americana se convierte de pronto en su principal sospechosa**.

Cuanto más tiempo pasa con la señorita Pettyfer ya no resulta tan clara su implicación en el asunto que investiga y todo empieza a volverse difuso. Un amor intenso comienza a florecer entre ellos. Sin embargo, las diferencias entre ambos pueden ser insalvables.

¿Serán capaces de solventar los obstáculos y disfrutar del amor que parece tenerles reservado el destino?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.



Edición en formato digital: agosto de 2025

© 2025, Kathia Iblis
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Boiko Olha

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-98-2

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La señorita Pettyfer no quiere un pretendiente
Nota de la autora
Prólogo. La hija del magnate
Capítulo 1. Un debut en la niebla
Capítulo 2. Sombras entre porcelana
Capítulo 3. Entre espejos y máscaras
Capítulo 4. Voces en la galería
Capítulo 5. Lo que el alma no disimula
Capítulo 6. Una taza de té y un abismo
Capítulo 7. Sombras bajo la lluvia
Capítulo 8. El salón de los hombres sin rostro
Capítulo 9. Susurros bajo la superficie
Capítulo 10. El precio del silencio
Capítulo 11. Ecos en la penumbra
Capítulo 12. Lo que aún no se dice
Capítulo 13. La mentira que arruina todo
Capítulo 14. A la hora del té, se gesta una guerra
Capítulo 15. El hilo que corta la soga
Capítulo 16. El precio del silencio
Capítulo 17. El dolor del silencio
Capítulo 18. Donde no hay luz
Capítulo 19. Al acecho de las sombras
Capítulo 20. La memoria y el mapa
Capítulo 21. Lo que la oscuridad oculta

Capítulo 22. Entre la fuga y el fuego
Capítulo 23. Donde florecen las heridas
Capítulo 24. La ciudad donde arden los secretos
Capítulo 25. Susurros de mujer
Capítulo 26. La gala de la verdad
Capítulo 27. Susurros de mujer
Capítulo 28. Corriendo en las sombras
Capítulo 29. La luz que no se apaga
Capítulo 30. Cuando calla el miedo
Epílogo. La vida que elegimos
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos